





¡USTED ES ORTIZ!

Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado, 30.-MADRID

JOAQUÍN BELDA
LUIS ANTÓN DEL OLMET

¡USTED ES ORTIZ!

NARRACIONES PARA EL TREN,
LA PLAYA Y LA SIESTA.
HACEN REIR Y EVITAN LA CONGESTIÓN



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID



ADVERTENCIA LEAL

ADVERTENCIA LEAL

Como verás, caro lector, si te lanzas por las páginas de este libro adelante, nada o casi nada hay en ellas que te sea en absoluto desconocido. Los autores, que sin vanidad podemos decir que tenemos acreditada nuestra inventiva—cada uno en su campo—, ya que de ella venimos viviendo hace años, hemos preferido ahora el papel de rápsodas.

¿Quiénes son los autores de los cuentecillos que van a continuación? ¿En qué caletre se han cocido las anécdo-

tas recopiladas en estas páginas?... Felizmente no lo sabe nadie.

Sí, lector, felizmente: son obras anónimas; es decir, obra de todos, tuya y nuestra, de nadie y de cien autores. Son desahogos de la tertulia del café; entretenimiento de los largos viajes, esos viajes en que unos viajantes catalanes, un teniente y un estudiante de Medicina, atraviesan de punta a punta España, en el vagón helado de un tren mixto, por cuyas rendijas entra el aire como por un colador; pasatiempos tal vez de la sobremesa de unos frailecitos pacíficos y bonachones, que celebran el optimismo de la digestión con estos inofensivos retozos. Nosotros hemos querido también retozar un poco. En ello no hay pecado. Pero toda nuestra virtud de recopiladores se reduce a contar en forma un tantico letrada, lo que la gente cuenta a su modo...,

un modo un poco brusco, como el del que va, ante todo, al grano.

—¿Y qué necesidad teníais de hacer esto?—nos preguntaréis acaso.

Necesidad estricta, ninguna; ello es cierto. Si este volumen no se hubiera escrito, el tesoro cultural de la Humanidad no habría sufrido por ello menoscabo. ¿Pero no te parece, amigo lector, que los tiempos son demasiado calamitosos para que en ellos no resulte obra meritoria la publicación de un libro en el que no se habla del problema social, ni del sindicalismo, ni de «lock-out», ni de otras novedades poco gratas?

Pasamos, indudablemente, tiempos de pesadilla; cuando se alejen—alguna vez querrá Dios que ello suceda—los recordaremos como envueltos en un velo negro, como días de profunda desesperanza, en los que la vida apenas se concibe.

—¿Cómo podíamos vivir, comer, dormir tranquilos?—nos preguntaremos. Y no nos lo sabremos explicar a nosotros mismos.

De cuando en cuando, mientras pasa la nube, conviene sacar un poco la cabeza fuera de ella, para que no acabe de asfixiarnos. La frivolidad va pasando ya a la categoría de cosa necesaria, en vista de lo serio que se ha puesto todo.

En cuanto a la que pudiéramos llamar causa ocasional de la confección de este libro, también queremos hablarte sinceramente, lector.

Una tarde del pasado otoño divagábamos nosotros por las calles del centro, deteniéndonos en todos los escaparates que nos llamaban la atención; caminábamos sin prisa, como seres que en un rato largo no piensan contar con las manecillas del reloj para

acompasar el ritmo de sus existencias. Nos paramos ante el escaparate de una librería céntrica: entre las docenas de volúmenes que allí se ofrecían—con ofrecimiento inútil en la mayor parte de los casos—, había uno que nos llamó la atención. Tenía esta pequeñez de título: *Mi ideario político*, y aparecía firmado por uno de nuestros estadistas más eminentes, y no diremos por el más eminente de todos por no ser fácil discernir supremacías en ese saldo de Gladstones y de Gambetas que es ahora la política española.

—¡Caramba!—nos dijimos el uno al otro—. Debe ser sabroso. ¿Quieres que lo compremos?

Nos miramos con el asombro de dos criaturas inocentes que, sin saber cómo, se planteasen de repente la ejecución de un crimen... Pero hay que creer en el atractivo del delito: la psi-

cología experimental nos habla ya de ello como de una cosa familiar. Penetramos en la librería; para adquirir el *indorman* hubimos de hacer entre los dos una sociedad por acciones de cuatro pesetas: el ladrillo valía ocho, lo mismo que un cubierto—sin vino—en un comedero de moda.

Llenos de una impaciencia relativa, nos refugianos en un café, y durante dos horas nos dedicamos a examinar el *Ideario* de aquel señor. A medida que avanzábamos en la lectura, que para evitar la fatiga hacíamos a medias, el desengaño y un extraño sopor estomacal, como el del que se ha atracado ciegamente de judías, nos iba invadiendo. ¿Qué era aquello? Nos amargaba la pobreza mental de aquel hombre-cumbre, su falta de inventiva, su ramplonería, y nos amargaba también, más que un cinzano, el recuerdo de

las ocho pesetas. De haberlo sabido, las enviamos a los niños de Viena.

Porque aquel *Ideario* estaba efectivamente lleno de ideas, pero de ideas ajenas, de verdades purísimas que, de puro repetidas, habían pasado ya a la categoría de lugares comunes, de máximas y advertencias de un fiambre tan acentuado, que el libro, en vez de *Ideario*, debiera llamarse modestamente *Surtido*.

Nuestro gran político había puesto un cuidado enorme en evitar todo lo que fuera pensamiento propio, substancia de su propio cerebro, y se había limitado a coleccionar y reunir en un volumen pensamientos e ideas del dominio de todos..., cobrando ocho «salustianas» por la colección.

¿Por qué no hemos de poder nosotros hacer lo que ha hecho ese estadista? La contestación a tal pregunta

ha sido la publicación de este libro.

Él tiene sobre el célebre *Ideario* varias ventajas inmarcesibles: en primer lugar, es más barato; luego, es más franco, puesto que, huyendo de engalanarnos con plumas ajenas, le acabamos de decir la verdad al lector en esta especie de prólogo; resulta, por añadidura, mucho más ameno, pues entre un ideario político, aunque sea el de Bismarck, y un librito de cuentecillos jocundos, la duda es una entelequia.

Pero la ventaja principal es que nosotros no hemos sido ministros, no cobramos cesantía, como el autor del otro.

LUIS ANTÓN DEL OLMET

JOAQUÍN BELDA

Madrid-Marzo, 1920.

¡USTED ES ORTIZ!

¡USTED ES ORTIZ!

Ortiz llegó a la estación ferroviaria sin tiempo casi para subir al vagón. Entre los brazos de aquella rubia opulenta y mórbida, con la que se había casado quince días antes, dejó pasar minutos hechizados y voluptuosos.

—¿Me querrás, pichipitina mía?

—Sí.

—Dame un besito.

—Toma, morrongo.

Y Ortiz pasaba sus labios golosos por aquel escote, por aquella nuca de pelitos rizados, y saboreaba el cutis de

su Rosa con el placer de un gato viejo que lamiera unas natillas condimentadas por la más cariñosa de las dueñas.

—¡Qué pena, separarme de ti!

—Ya te llevas mi recuerdo más íntimo—dijo ella ruborizándose un poco.

Ortiz se puso encendido por el deseo, y a no haber penetrado en el gabinete la criada Juanita, aquel marido glotón habría continuado, inconsciente, la destrucción de su médula espinal.

—Las seis menos cuarto, señorito—exclamó la criada.

Y fué entonces cuando Ortiz se abalanzó sobre la maleta, bajó a la calle con precipitación y se zampó en el coche.

No tardó el tren medio segundo en arrancar. Ortiz se cambió el hongo por la gorrita inglesa, se retrepó sobre

el mullido respaldo, cerró los ojos y se puso a meditar en su Rosa y en los encantos, cada vez más sugestivos, de su Rosa.

¡Maldito viaje!

Ortiz se había casado ya machucho. Cuando cumplió cincuenta y tres años y lo ascendieron a jefe de Administración, le entraron ganas de casarse. Harto de sufrir la abstinencia voluptuosa a que le tenían sujeto su sueldo, hasta entonces escaso, y su temor a las dolencias estudiantiles, temió irse del mundo sin catar el placer amoroso en toda su delicia enervante. Ya con el bigote cano y un poco mocha la cabeza, anheló desvanecerse entre los brazos de una mujer hermosa. Ortiz pasó algunos días de tormento lujurioso. Se veia rodar entre muslos blancos y fuertes vientres de patricias ubérrimas. Se oía decir mimitos por hem-

bras casi desnudas, que sólo llevaban medias y zapatos, y que se contorsionaban en báquicas actitudes, mientras él, a gatas, maullaba de erotismo bestial.

—Yo necesito—definió—darme un atracón épico.

Pensó en las cortesanas, pero eran frías y costosas. Las cortesanas de género barato, entre las cuales refugiaba a veces su locura buscando quien apagase el fuego que le consumía, le dejaban una sensación de hastío y de disgusto. Por fin aceptó la idea del matrimonio.

No, no sería una daifa la que le hiciera gustar el paraíso mahometano. Sería una señorita honesta, a la que iniciaría sagazmente. Quería una mujer cándida, para hacerle creer naturales todos los excesos y lógicas todas las locuras.

Encontró a Rosa. Era una soltera de veintiocho años, alta, generosamente constituída, rubia y enardecedora como una mujer de Rubens. Tenía madre, y vivían sin grandes privaciones ni pingües lujos. Ortiz se le declaró un día en «La Mallorquina» de la Puerta del Sol, donde las introdujo para tomar chocolate. Allí, mientras el jefe de Administración metía su bizcocho en la jícara, sacándolo mojado y negruzco, guiñó un ojo de sátiro:

—La amo, Rosa, y me quiero casar con usted.

Se preparó la boda en breves meses, que Ortiz pasó frenético de anhelos amorosos. Un día se consumó el matrimonio. Desde la iglesia, Ortiz y su joven señora trasladáronse a Pinto, donde el alto funcionario tenía una casa y una huerta.

Mientras el tren corría y corría, Or-

tiz, con los ojos cerrados, iba caminando por la senda de sus recuerdos amorosos. Tuvo que hacer cabalgar una pierna sobre la otra. Tuvo después que ahuecarse el gabán.

¡Maldito viaje!

¡Oh, qué hermosa era! La recordó en la casa de Pinto, cuando Ortiz la desnudó enteramente para besuquearla toda. Lo único que no le gustó fueron las medias tupidas que usaba:

—Yo las tengo caladas para ti—dijo Ortiz, que le había preparado aquella refinada voluptuosidad—. Te las compré sin que lo supieras.

Abrió una maleta, y desdobló unas medias sederinas de a cuatro duros el par.

—Dame acá esa patita—exclamó rojo de lujuria.

Ella puso una pantorrilla magna sobre el regazo de su marido. Ortiz quitó

las medias tupidas y fué colocando las otras, entre caricias, besos y palabras improvisadas y ardientes. Luego... Luego, Pinto fué el cielo de Mahoma a hora y media de la oficina y del balduque.

La inició. Fué un derroche, una vesania. Rosa lo consentía todo entre los zorroclocos de aquel vampiro, oyendo decir:

—Si esto es lo corriente entre mujercita y hombrecito. Anda, mi cielín.

Regresaron a Madrid el día undécimo de aquella dicha tan larga. Y cuatro dias después ¡paf!, el viaje, un encargo especial del ministro, una inspección a provincias, la hecatombe.

Ortiz se desperezó en su asiento, y acometido por el deseo, abrió sus ojos. Sólo había en el vagón otro individuo. Era alto, flaco, guapo y elegante. Tenía la cara simpática del juerguista.

Ortiz, entonces, sacó de un bolsillo recóndito cierta botellita de cristal, le quitó el tapón de corcho, y olió allí pestañeando, la boca en un rictus de placer, todo él sacudido por una emoción afrodisíaca.

Guardóse luego la botella, y hablaron.

—Yo voy a Cuenca.

—Y yo también.

—¡Caramba!

—Es casualidad.

El compañero de viaje tenía una cháchara divertida y un gesto efusivo. Hablaron de viajes, de intimidades. Ortiz sacó el frasquito y olió de nuevo. Cada cinco minutos repetia aquella extraña operación.

Una hora después ya no tenian grandes secreto el uno para el otro. Parecían amigos de toda la vida. La confianza brotó entre ellos.

—Cuenca es una ciudad pintoresca—dijo el colega de Ortiz—. Yo voy allí para reponer mi salud, que he dilapidado con las señoras. ¡Qué ricas son las condenadas!

Al oir esto, Ortiz se acordó una vez más de su Rosa, y sacó la botellita de nuevo, para oler.

Ya entonces, el amigo se atrevió:

—Hombre, ¿qué demonios tiene ese frasco misterioso que olfatea usted con tanto placer? ¿No sería indiscreción...?

Ortiz, lleno de una lujuria contagiosa y álgida, pensó que aquel individuo, a quien no le diría siquiera su nombre, no podía traicionarle. Al finar el viaje se irían cada uno por su lado. ¿Por qué no referir aquella intimidad cuyo secreto le abrasaba el espíritu? ¿Por qué no experimentar el placer de una evocación que le hiciera revivir sus horas de larga dicha?

—Oiga usted—dijo bajando la voz y mirando hacia ambas ventanillas—. Estoy casado con la mujer más hermosa del mundo. Es una criatura espléndida que se me antojó honesta y a la que yo he iniciado en los pecados más dulces. Hoy, un viaje estúpido me separa de ella. Y ya que no la pueda traer conmigo, pues se trata de una inspección muy seria, incompatible con los excesos de la luna de miel, me he traído su recuerdo.

—¿Su recuerdo? ¿Su recuerdo en una botellita?

.—Sí.

Hizo Ortiz una pausa y volvió a escudriñar las ventanillas, no llegase algún atrevido importuno, el diablo mismo que se filtrara desde el éter.

—He impregnado un algodoncito con su olor. ¡Su olor! ¡El olor de ella! ¡Oh, huele su olor a lo que no huele el olor

de ninguna mujer! Es una cosa extraña, fuerte y embriagadora. Me extasío al llevarme el frasco a la nariz, me vuelvo loco.

Ortiz sacó la botellita de nuevo para gozar aquel refinamiento. Cuando acabó, el amigo le dijo:

—No creo que ese sea un olor especial. Todas las mujeres, salvo pequeños detalles, son lo mismo.

Ortiz miró picado su amor propio:

—¡Ca! Este es un olor único.

—A ver...

Ortiz, deseando chafar al incrédulo, y confiado en lo efímero de aquella amistad nada comprometedora, pasó el frasco a las manos ajenas.

El compañero destapó lentamente, se llevó la botellita a la nariz, y aspiró con calma, largo y hondo, con la experiencia de un catador avezado. Evitó luego el frasco, y alzó los ojos para

recordar... ¡Aquel olor! ¡Aquel olor! Por último, y después de aspirar nuevamente, dijo lanzando una risotada fraterna, y con voz de camarada y de compinche:

—¡Hombre, caramba, usted es Ortiz!

...O ME PONGO YO

...O ME PONGO YO

Don Saturio era un hombre neurasté-nico, insomne y malhumorado. Había pertenecido al Real Cuerpo de Carabineros, del que se retiró con algunos ahorros perpetrados en la frontera lusitana, y se había puesto a vivir de sus rentas.

Ellas, empero, no le proporcionaban lo bastante para cubrir sus exigencias un poco sibaríticas. Don Saturio amaba al gremio de modistas, y ese gremio suele mostrarse costoso para con los jubilados cincuentones. Además, Clo-

tildita, la más pizpireta y gentil pespunteadora de Madrid, a la que había seducido en un baile de la calle de Regueros, y la cual se le había entregado previo un obsequio de mil pesetas, resultó más amplia que un corralón, y menos seca que un día marceño. Esto quiere decir, traducido al lenguaje vulgar, que don Saturio hubo de caminar a saltitos, adquirir, achacándolo a licencias de un sobrino suyo, permanganato de potasa, y lanzar ayes lastimeros en el lugar en que suelen escribir sus opiniones los rebeldes sin papel, agarrándose a las paredes y bufando como un energúmeno.

Esta dolencia inesperada, unida a la decepción que le produjo Clotildita, le hizo sumirse en una neurastenia espantosa, cayendo en el más horrible insomnio.

Aborreció a la mujer y maldijo sus

encantos. Le crispaba ver una pantorrilla que escala el tranvía en una tarde lluviosa, el escote visto en un palco del Reina Victoria, la fotografía de una bañista con sus dos estupendos muslos al desnudo, las tiples vestidas de hombre, con el caderamen cínicamente acusado... Oir un beso, le enloquecía; las palabras de amor le crispaban; oler a potingues de mujer, le hacía relinchar de odio. Las hembras eran unas embusteras y unas marranas. Y recordó la vieja copla inmunda, oída en la adolescencia:

Si quieres aborrecer
la mujer que estás amando...

Aquella canción desconsiderada para con el bello sexo, de un realismo nauseabundo, fué elevada a dogma por don Saturio. Nunca más pensaría en tan fea cosa. ¡Uf!

Flaco, morenucho, bilioso, don Satu-

rio arrastraba una vida poco envidiable. Siempre encerrado en su casa de huéspedes, de la que salía rara vez, y siempre para entrevistarse con el doctor Jeringuíllez (Abada, 6, 2.º, hay beniqué), se pasaba el día pensando en sus males, y la noche imaginando las torturas de al día siguiente.

¡Caras había pagado don Saturio sus travesuras de Regueros!

Un día, los tormentos del jubilado se hicieron insufribles en aquella casa de hospedaje. La chica, Emilita, se había echado novio. Era él un cacaseno escuchimizado, y más pegajoso que la miel, pequeño, y tan flaco, que se salía por la tirilla. Ella, en el primer brote de su primavera, se había asido a aquella cosa deleznable, y estaba ufana, cual si tuviera a su lado al más gallardo mancebo.

Un día, don Saturio se despidió.

Estaba harto de sorprender ternezas como ésta, oídas de un modo pasillero y escurridizo:

—¿Quién te va a comer a ti una rodillita en salsa?

—Tú, bizquín.

—¿Quién está loquito por besar una liguita negra? ¿Verdad que son negras?

—¡Cállate, gusanote!

Don Saturio, indignado, pidió la cuenta, y se trasladó a un hotel barato que tenía fama de serio. El dueño era un hombre campanudo y moralista. En su casa—y al decirlo arrugaba el entrecejo, y amenazaba con la mano a invisibles sombras— no se refocilaba ningún perillán. Aquellas sábanas sólo envolvían a cuerpos castos. Sus camas no conocían sino amores conyugales y puros. El recinto de la fonda austera desconocía risotadas y embelesos, or-

gías y pendencias voluptuosas. ¡Recontra! ¿Quién sería capaz de ofender la mansión del decoro y del orden?

Y así, nuestro detractor del amor y de sus derivados, una vez seguro de hallar la paz soñada en aquel amable albergue, se introdujo en él como podría haberlo hecho en una cartuja, se aposentó en una alcoba muy decentita, cerró, y se metió en la cama.

—Ahora—dijo apagando la luz—voy a dormir como un sochantre.

Creía que el cambio de panorama, y sobre todo el reposo de aquella mansión, le devolverian el sueño perdido y la tranquilidad ausente.

Estuvo acostado y sin oir rumor alguno durante media hora. Pero ya iba amodorrándose, cuando ¡horror!, escuchó voces en la habitación contigua. Se incorporó con la curiosidad del neurasténico, y torció la cabeza

para sorprender la charla importuna.

Eran hombre y mujer. ¿Jóvenes? ¿Aún verdugos del colchón ó ya fondeados en la quieta bahía otoñal?

Se decían palabras sueltas de sentido vago:

—¿Tienes sueño?

—Regular.

—¿Compraste el periódico?

—Sí.

Iban y venían por la estancia. Parecían irse desnudando poco a poco, sin mucha prisa. Él canturreaba frívolamente. Cayó una bota masculina ¡paf! Luego, la otra. Después, una botita o un zapatito pequeño hizo un ruidillo breve. Don Saturio sintió ropas de lecho que se movían. Después, nada. Estarían leyendo el periódico.

—Éstos—pensó con alegría—son de los míos. Tienen clavada el ancla.

Y se disponía a recobrar su amodo-

rramiento delicioso, cuando... Sí... No había duda... Aquella gente se agitaba. Aquello no era lo convenido. El hotelero era un infame o se la estaban dando con requesón. Evidente... Evidente... El crimen se perpetraba, cínico, a dos metros de sus ojos.

Ante aquellos ruidos extraños, y deseoso de cerciorarse más, don Saturio saltó del lecho, en el que pensaba dormir tan ricamente, y pisando descalzo, pegó el oído junto a la puerta que separaba las dos habitaciones.

Debían estar en una pausa. Después, oyó decir a la voz masculina:

—Anda, encanto mío.

La otra voz replicaba:

—Que no quiero, ¡ea!

—Pero si eso no tiene nada de particular.

—He dicho que no, y que no.

Don Saturio se hallaba furioso en ca-

misón y pisando las frías baldosas. Estuvo tentado de vestirse para decirle al hotelero que era un farsante. Mas pensó que aquellos beligerantes de al lado serían matrimonio, y que el matrimonio estaba aún tolerado en España y puede elegir por albergue la fonda más decente, gozando de su bendita impunidad.

—Si terminasen pronto sus disputas—pensó—y se durmieran de una vez, podría yo conciliar el sueño. ¿Es que me van a tener así toda la noche?

Volvió a pegar la oreja junto a la cerradura obturada y tornó a escuchar aquella riña tenacísima e interminable.

—Es un caprichito. Anda, tontina.

—Pues no.

—Vamos, compláceme.

—No quiero.

—Si es tan sencillito... Ponte de una vez. Anda, te lo suplico.

Y como aquello parecía no rematar nunca, y como don Saturio estaba dispuesto a dormir pasase lo que pasara, dió con los nudillos en la puerta. Después, su voz iracunda interpeló a la dama:

—Señora... Acabemos de una vez. O se pone usted o me pongo yo.

SEA LO QUE DIOS QUIERA

SEA LO QUE DIOS QUIERA

Se incorporó en la cama y tuvo miedo, un miedo repentino y trágico. Sus miembros parecían entumecidos. El sistema muscular de Anacleto funcionaba con rara pereza.

—¿Qué será esto?—se dijo.

Anacleto era un juerguista contumaz. Solía acostarse bien entrada la mañana, y era punto habitual de timbas, restaurantes retozones y demás lugares de perdición.

—¿Me habrá llegado la mía?—se interrogó, lleno de pánico.

Acabó Anacleto de vestirse, y bajando con torpeza la escalera de su casa, buscó un coche:

—Urosas, seis.

Vivía en Urosas, seis, un médico frecuentado por gentes eróticas. Llamábase don Cástor, y no tenía rival en los diagnósticos de las dolencias afrodisíacas.

Don Cástor hizo desnudar al enfermo, y después de estudiar su organismo cachazudamente, le endilgó innumerables preguntas. Luego, quitándose las gafas y resumiendo su actitud ante el paciente, definió:

—Tiene usted un comienzo de parálisis progresiva. La vida, amigo. No se puede ser un calavera. He aquí a lo que conduce tener una bien ganada fama de juerguista. ¡Esas mujeres!

—Deliciosas, don Cástor. Lo que yo siento de esta parálisis es...

—Sí, deliciosas; pero ya ve usted a lo que lleva el abuso. Bueno; pero volvamos a su enfermedad. Repito que sufre usted un comienzo de parálisis.

Anacleto, que por un instante había perdido el optimismo y que ya pensaba en suicidarse ante el anuncio de cosa tan horrenda, no quiso marcharse sin inquirir un poco más en aquel terrible diagnóstico:

—Y diga usted, don Cástor, esa parálisis que se insinúa, ¿me cogerá todo el cuerpo?

En la pregunta había puesto Anacleto su vida o su muerte. Si la dolencia le dejaba inerme para el amor, la bala de un revólver lo resolvería todo. Si escapaba a la hecatombe alguna parte de frecuente e imprescindible uso, ¡bah!, todavía había algo que hacer en la vida.

Don Cástor volvió a ponerse las gafas y dijo lentamente:

—Creo que no. Todo el cuerpo, no. Las parálisis absolutas son raras, y la de usted es una dolencia harto vulgar. Su lado lesionado es el izquierdo.

—¿El izquierdo sólo?—gritó Anacleto con alegría.

—Sí.

—Entonces, ¿me quedará útil el derecho?

—Sin duda.

—Pues entonces — comentó el paciente, pasando al lado derecho aquella parte de su organismo que solía ostentar en el izquierdo con jactancias de torerillo jacarandoso y que tenía por la más vital y necesaria—venga la parálisis y sea lo que Dios quiera.

¡APROVÉCHATE!

¡APROVÉCHATE!

Un día salieron de su vivienda Otto y Cunegunda en estado franco de inopia y desesperación. Eran alemanes, y vivían en Madrid desde 1910, cuando alcanzara Otto una representación de gomas berlinesas en la capital de España.

Al empezar la guerra suspendió la casa germana su exportación de productos elásticos, y Otto se vió reducido a la impotencia y al hambre. Después, cuando surgió el espionaje y el abastecimiento a submarinos, Otto,

que era un fiel súbdito del kaiser, y hombre a quien se le podía confiar un secreto, obtuvo un cargo misterioso de su embajada, por el que percibía mil marcos al mes.

Cunegunda, su mujer, dama treintona y rubicunda, buena magra, pelo rojizo y mucha sensibilidad para el amor y sus deliquios, era dichosa. Tenía salchichas en abundancia y ternera a todo pasto. Se la pegaba a Otto con un periodista español, germanizante él. No le faltaba detalle alguno para vivir contenta y oronda.

Pero acabó la guerra desastrosamente para su país; fué arrojado de España el embajador alemán; el dinero del espionaje quedó desvanecido como el humo... Y entonces el pobre Otto, perseguido por la desgracia, vióse a punto de sucumbir con su gruesa y garrida Cunegunda.

Se mudaron a un pisito de cinco duros mensuales. Vendieron casi todos sus muebles. No comían apenas. Cunegunda solia comprar un queso de bola, a cuyo manjar era aficionadísima, y lo iban mondando en cachitos. Un queso solía durarles seis o siete días.

Iban—decimos—Cunegunda y Otto por la calles, buscando no sabían qué. Las industrias germánicas tenían harto personal. Las industrias españolas miraban con prevención a los alemanes fracasados. Las industrias aliadas cercaban a los prusianos hasta extinguirlos.

—¿Qué haremos?—decía Otto.

—La muerte sería mejor que esta vida—replicaba Cunegunda.

—¿Qué nos queda para vivir?—interpelaba el marido.

Y la esposa respondía débilmente:

—Medio queso de bola. Sólo medio queso de bola es nuestro capital.

Cunegunda era aún más desgraciada que su esposo. El fracaso la había atacado en sus dos baluartes sensibles: en el estómago y en el... Porque Cunegunda, cuyo marido mal alimentado y lleno de preocupaciones no podía mostrarse en idilio frecuente, era una prusiana capaz de abastecer ella sola a un regimiento de hulanos y de poblar una colonia africana.

Seguían deambulando y platicando, cuando surgió otro alemán. Era Federico. Federico Hamans, aquel muchachote formidable que habían conocido en Germania años atrás, y que había desembarcado de un submarino, en plena guerra, con una secreta y sutilísima misión.

El pobre Federico, a quien Cunegunda atisbara con deleite el año anterior,

mirando y remirando la fortaleza de su cogote congestivo y la barbarie de sus manazas hercúleas, estaba hecho una lástima. Sin oficio ni beneficio, se hallaba famélico, desesperado, a punto de suicidarse.

—No te apures—le dijo Otto, después de oir su patético relato.

—No, no te apures—corroboró Cunegunda.—Repartiremos todo lo nuestro contigo. Te daremos lo que podamos. ¿Verdad, Otto?

Y miró a Federico mimosamente, que aquel salvajote, aun en plena derrota, conservaba su aparente brío de oso rubio.

Siguieron paseando los tres durante algún tiempo, y acabaron por ir a casa de Otto, donde les esperaba el medio queso de bola.

Otto lo sacó del aparador, donde yacía, y se lo enseñó a Federico:

—Mira. Sólo tenemos esto, Dios sabe hasta cuándo. Nos comeremos la mitad entre los tres, y dejaremos la otra mitad para mañana.

—Es que...—replicó Federico—tengo un hambre bárbara.

—Pues fastidiarse—añadió Otto— Seguiremos buscando trabajo, y ya nos desquitaremos. Hoy es preciso economizar.

Partió Otto el medio queso, y guardó el cuarto sobrante en el aparador. El otro cuarto fué devorado por los tres hambrones en menos que se dice.

Hecho el condumio, y todos con carpanta, especialmente Federico, pensaron en acostarse para ahorrar luz.

—Sólo tenemos—dijo Otto—una cama. Y como no hay sofá ni esteras, tendrás que resignarte a dormir con nosotros. Perdona, ¿eh? La vida es así.

—Bien—transigió Federico pensan-

do en el cuarto de queso que aún se hallaba en el aparador, y sin darle importancia al suceso baladí de acostarse con un matrimonio.

Se metieron los tres en la alcoba. Primeramente desnudóse Cunegunda, mostrando unas pantorrillas enormes y un pechazo inmenso. Soltóse el pelo, que recogió después con cierta coquetería, y brincó dentro de la cama, quedándose costera.

—Tú—dijo Otto a Federico—te pondrás del otro lado. Yo dormiré en medio.

Se acostaron los tres, y Cunegunda, oprimiendo la perita eléctrica, apagó la luz. Durante media hora no se oyó nada en la habitación. Sólo Cunegunda se movía y removía inquietilla. El marido iba conciliando el sueño a pesar de sus preocupaciones y malaventuras. Federico iba con su imaginación

al comedor, al aparador, al trozo de queso aquel.

Súbitamente vibró el timbre de la puerta.

—¿Quién será?—dijo Cunegunda sobresaltada e incorporándose.

—¡Si fuera Batemen! Me ofreció venir hoy mismo si tenía el destino que me prometiera.

—Puede que sea Batemen.

—Enciende la luz.

Así lo hizo Cunegunda. Otto saltó por encima de Federico, y se vistió someramente.

—¡Si fuera Batemen!

Salió de la estancia, llegó a la puerta, abrió y... ¡sí! ¡Era Batemen! ¡Era Batemen que entraba ruidoso y triunfal!

—¡Vaya un abrazo, Otto! Treinta duros al mes. Ocho horas de trabajo. Me invitaréis a salchichón con repo·

llo. Tu mujer hace maravillas con el salchichón.

Federico y Cunegunda, separados por el vacío de Otto, se miraron un momento. Las voces, distantes, seguían platicando. Aquella charla se prolongaría. Ella, con el embozo quitado, enseñaba sus trenzas rojizas y abundosas, su pecho desbordante que irrumpía de la camisa en forma de retantes promontorios, una mirada voluptuosa y una sonrisa de incitación. Federico, turbado, no sabía qué hacer. ¡Qué idiota era aquel hombre! Otto acabaría por llegar. Iban pasando los propicios instantes.

Entonces ella se atrevió al mozo hercúleo y primitivo que tan irresoluto aparecía. Y con una voz de mimo y de complicidad, susurró:

—¡Aprovéchate! ¡Vamos, no seas tonto! ¡Aprovéchate, Federico!

Federico quedó pensando, rumiando aquella frase. ¡Que se aprovechara! ¿De qué? ¿En qué forma? De pronto se hizo la luz en su cabeza, y lanzando una risa y saltando del lecho, exclamó:

—¡Ah, sí! ¡El queso!

Corrió hasta el comedor, abrió el aparador, y en menos de un segundo hizo pasar el queso, con su corteza y todo, del plato en que estaba, a los abismos formidables de su buche.

AMANTE DEL PÁRAMO

AMANTE DEL PÁRAMO

La sobremesa... Mientras llegaba «el cuarto» que integraría la diaria partida tresillera, don José, Pepe y Pepito cambiaban impresiones y se dirigían chanzonetas y donaires. En aquel rinconcito del casino madrileño, bullía el júbilo aquel día, y el ingenio tenía su pequeña apoteosis.

Como es natural, se hablaba de mujeres y amoríos.

—Yo—decía Pepe—soy caballo de buena boca. No reparo en nada. Si le ponen ustedes media y zapato a una escoba, me declaro perdido.

Y contó... Cierta noche, al salir de un baile donde había flirteado con una dama estupenda, evitó el coche para orearse, y se metió entre las sombras del Botánico. Una mujer atroz se le había ofrecido, y allí mismo poseyó todo aquello con furia satánica. Un montón de harapos, unas carnes sucias, una voz aguardentosa.

—Fué uno de mis ratos más felices. Algo demoníaco, de una lujuria terrible. Somos, en el fondo, unos salvajes, y nos gusta lo soez.

Pepito hizo un dengue:

—¡Qué asco!—exclamó.

Don José y Pepe miraron a Pepito con irónica curiosidad. Era una especie de efebo atildado y un tanto cursi. Olía a señorita y tenía fama de apasionar a tiples y otros seres del teatro. Melindroso—¡caray!—, sería incapaz de besar a una mujer sin exigirle pre-

viamente que se enjuagara las encías. No podía ver las medias negras porque manchan los pies, ni toleraba que una señora hiciera pipí ante su presencia escrupulosa.

Don José, que hasta entonces se había limitado a escuchar, intervino:

—Usted, Pepito—rosmó—, no conoce la necesidad. Es usted un mancebo mimado y consentido. ¡Una hetaira del Botánico! Yo sé lo que es adorar un instante a cosas más abominables que eso.

Y tomó la palabra:

En su juventud había sido muy aventurero don José. Recorrió el mundo disipando su fortuna. Estuvo en Dinamarca y en el Perú, en Nínive y en el Cairo. Durante una de sus excursiones, tuvo que atravesar el Desierto.

—Y allí—dijo—me acaeció el suceso más extraordinario de que guardo memoria.

Habían salido de Argelia los componentes de la caravana. Iban dos o tres europeos y algunos árabes. Don José, que era previsor, y a quien esperaban veinte o treinta días de viaje por las tristes y desoladas arenas, reparó en que no iba entre ellos ninguna mujer:

—¿Cómo se las arreglarán estos señores?—maquinó en un poco asustado soliloquio—. ¿Habrá alguna casita blanca y risueña en el oasis?

Anduvieron un día, dos, tres, cinco... Por fin, cierta noche, llamó don José a un mozuelo argelino que pilleaba en la caravana y que era una especie de recadista islámico, y le declaró su asombro:

—Oye.

—Dígame.

—Escabrosillo es el tema.

—No importa.

—Pues, quería preguntarte cómo se

las arreglan estos hombres cuando les acomete el deseo. Tú, ya sabes. El amor es un tirano exigente. Dime... ¿Qué hacen?

El morito rió burlonamente, y con la mayor naturalidad, respondió:

—Para eso traemos la borrica. ¿No la vió usted? Es una borrica muy dócil.

Don José, dirigiéndose a Pepito, comentó:

—Yo era entonces un poco, así como usted, melindrosito. Imagínese el asco, la indignación que aquello me produjo. Eché al moro de mi vera, pero... Se fueron pasando los días. ¡Eran tan serenamente límpidas las noches del claro desierto! Se iba sintiendo, honda, la lujuria atenazante que la ausencia de la mujer despierta. Todo parecía oler a sexo. Hasta en la mansa bondad de los camellos había un ritmo de voluptuosidad terrible.

Don José tornó a mirar al escrupuloso interlocutor, y acabó de narrar aquella anécdota extravagante:

—Una noche—dijo—volví a llamar al mozuelo.

Estaban al dulce mimo de un oasis. Corría un vientecillo estival. Las palmeras se erguían en la noche. Entre la fronda exuberante se amarían las alimañas medrosas.

—Yo no podía más—siguió don José—. Hubiera dado por un cuerpo femenino la mitad de mi vida. Sólo el recordar esos fragmentos lujuriosos que nos acompañan durante toda la existencia—la pierna de una ministra que vimos al salir del Real, los pechitos cándidos de una sobrinilla política, a la que sorprendimos en camisa cierta vez—, me volvían loco.

Acudió el morito, y don José hubo de entregarse como un colegial.

—Oye...

—¡Qué!

—¿No me dijiste que había una dócil borriquita en la caravana?

—Sí.

—¿Es bonita?

—Lindísima. Tiene unas pezuñitas breves, dignas de calzar zapatos de raso.

—¡Qué rica! ¡Zapatos de raso! Dime: ¿está ocupada, está visible en este momento?

El morito dijo que sí. Entonces don José, poniendo en la mano del alcahuetillo una moneda, le dijo:

—¿Me quieres llevar junto a ella?

Cautos, sigilosos, dejaron las tiendas de campaña y se alejaron algunos metros en busca de la cuadrita improvisada. Alli, dando cocecitas nerviosas, estaba ella. Don José entró. Se alejó el moro.

Cinco minutos después salía el don Juan, llamaba al mozo, y le decía bajito:

—Oye, ven. Dale la vuelta, que le quiero dar un beso.

UN POCO GRANDE

UN POCO GRANDE

La veía pasar todas las mañanas por aquella placita madrileña y conventual, y la miraba con sediento deseo. Era una mujer enorme, pero jacarandosa; una de esas patricias morenas que dan la sensación de poder tragarse a toda una generación de adolescentes, mucha magra, mucho pelo, mucha ubre, mucho calor, mucha voluptuosidad.

Juan era un poco tímido, y esto impedía que se le declarara. Por fin, en una de aquellas mañanas primaverales y efusivas, se atrevió.

—Señora.

—¿Qué desea usted?

Ella se había detenido retadora. Sus ojos eran afirmativos y enérgicos. Su entrecejo, firme y poblado, revelaba un carácter poderoso.

—Deseo adorarla. Hace ya tiempo que la amo.

—Y yo.

—¿Usted?

—Sí. He leído en sus ojos el cariño que me tiene. Comprendo. Pero...

Suspiró, y en un tono irreparablemente melodramático, hizo su confesión terrible:

—Algo se opone entre usted y yo. Huya de mí, y no me recuerde más. Soy inútil para el amor, caballero.

Juan quedó absorto. ¿Estaría enferma? ¿Sufriría—¡horror!—alguna dolencia abominable? Deslizó el interrogante con finura, pero ella suspiró de nuevo:

—Un mal puede curarse. Lo que tengo es que... tengo demasiado. ¿No comprende usted?

Y como Juan pusiera cara de bobo, ella se declaró francamente, cruelmente, haciendo saldo de su pudor íntimo:

—Soy inútil, porque... Es enorme. ¿Sabe usted? ¡Enorme!

Juan se echó a reir ¡Enorme! ¡Bah, bah; no sería tanto! Además, ¿qué importancia tenía eso? La idolatraba. Nada, nada, era preciso que se vieran y que gozaran los espasmos de aquella seducción que se les había colado alma adentro.

—Si es así—dijo ella—, bien; le espero en casa esta noche. Pero se arrepentirá.

Y dió las señas de su domicilio. Cruz, 27. Y se alejó hermosa y gallarda, como una amazona de leyenda.

A las once, tomado el café, y con un

habano entre los dientes, apareció Juan en casa de aquella extraña señora. Dialogaron en su gabinete, frontero a la alcoba apetecible. Hubo piropos y besitos después...

Habían penetrado en la estancia penumbrosa y habían caído enlazados en el enorme y blando lecho. Juan, loco de pasión, no supo bien qué le ocurría. En el vértigo de su lujuria sólo hallaba el vacío. Era como si hubiese penetrado en un túnel. Quiso buscar pared, y ni pared halló. Y al cabo, cual si regresara a plena adolescencia, realizó allí, en aquella sima infinita y sin fondo, uno de esos actos bíblicos que Dios castiga por estériles y que son la fruta prohibida y habitual de los mozos sin dinero ni suerte amatoria.

Juan salió al gabinete, y quedó pensativo y frustrado. Ella se le unió después.

—¡No te dije, mi bien, que era muy grande!

Juan se marchó dispuesto a no volver más, pero ya en la calle reparó en que había perdido una sortija. Era recuerdo familiar, y deseó recuperarla.

—¿Qué te ocurre?—dijo ella al verle de vuelta.

—Pues que he perdido una sortija valiosa.

—Búscala.

Registró Juan por todas partes inútilmente. Ella entonces tuvo una idea:

—¿Habrá quedado ahí?...

—Tal vez.

—Inquiere.

Dócil ella, Juan metió un dedo, la mano... Nada. Luego introdujo hasta el codo. Después, deslizando un hombro, se adentró con cabeza y pecho en aquellas anfructuosidades espantosas. Cintura, piernas y pies desaparecie-

ron. Juan, a obscuras, tacteando entre paredes calientes y mojadas, como si estuviera dándose un paseo por las vísceras de un animal inmenso de otro planeta, anduvo, anduvo. Media hora después tocó un objeto extraño que le repelió. Parecía un bigote. Un bigote de coracero, espeso, enorme, como la cola de un caballo andaluz. Atónito, y para convencerse, tiró de aquella cosa inesperada, y una voz colérica gritó con fiereza:

—No sea usted bruto. Déjeme el bigote. Buenas horas son estas de viajar.

—Es que—replicó Juan tímidamente—he perdido una sortija aquí dentro.

Allá, desde el fondo de la cueva, el otro lanzó una carcajada, que sonó a hueco.

—¿Una sortija? Desde esta mañana busco yo el gabán que me dejé aquí

olvidado... Un ratero lo debió coger. No sea iluso. Desista y déjeme salir.

Emergieron los dos. La señora tenía un aire displicente y parecía mirar a aquellos seres insignificantes con un frío desprecio.

—Adiós—dijo el del gabán—. Otra vez vendré con una pareja de la Guardia civil.

¡QUELLE DELICATEUSE!

¡QUELLE DELICATEUSE!

Cuando Roberto le indicó a Titita la conveniencia de pasar la luna de miel en París, ella interrogó:

—Pero ¿tú sabês hablar francés?

—Lo chapurreo. Además, llevaremos un librito de frases precisas y pronunciación figurada. No te apures. Nada nos faltará, rica.

Roberto había estudiado el idioma de Clemenceau en la Escuela Piscis, Lope de Vega, tres, donde se hace de la lengua una especie de culto. Sabía decir algunas cosejas en griego, y no

le era extraño nada de lo refinadamente forastero.

Se casaron, y sin tiempo casi para cambiar unos besucos, partieron hacia la capital de Francia. No tuvieron coche-cama e hicieron un viaje espantoso. Sólo en el retrete, cuando Titita se introdujo allí para evacuar un asunto y la siguió Roberto jadeante y con la sin hueso fuera, pudo alcanzar algo:

—Anda, monina, enséñame una pantorrillita tú.

—No. Aquí no. ¡Qué vergüenza!

—Anda, fea.

—¿Y si viene alguien?

—Lo machaco.

—Pues no.

—Pues sí.

Al cabo logró el amador ver una pierna, que encontró más gordita por arriba de lo que esperaba, y cuya ob-

servación le puso más encendido que un buen brasero.

Otro día molesto de viaje por tierras francesas, y al cabo ¡París!

Se metieron en un hotel. Era una fonda bella y ruidosa situada cerca del Louvre, cuyas señas habían dejado a la familia de Titita, no sólo por seguir la costumbre que hace inevitables a los suegros, sino porque doña Timotea, la madre de Titita, se hallaba muy enfermita la pobre.

Por la mañana—llegaron a París hacia las nueve—no hubo modo. Titita quería ver la ciudad, desleirse en ella, devorarla si le fuera posible. Tenía una curiosidad frenética por aquella villa mundial y fascinante y la corría prisa recorrerla con su viveza de española y su frivolidad de mujer.

Estuvieron en los jardines, vieron algunas salas del Museo, llegaron has-

ta la torre Eiffel. Titita daba gritos de alegría y se apretaba contra Roberto en espasmos de jovialidad. Roberto, con la chaqueta en pico, sufría el tormento de la sed.

—¿Serás mía después de almorzar?

Ella se ruborizó. Después, muy bajito:

—¡Si, sí!

—¿Me dejarás besuquearte el cuerpecíto ese de ratón?

—Todo, no. Un cachito nada más.

—¿Cuál, cielín?

—La cara y las manos.

—Un poquito más será, gorrioncete.

—¡Ca!

Se arrimó a ella y le susurró algo. Ella se puso muy colorada para soltar una risotada y decir:

—¡Qué bruto!

Almorzaron. Después, Roberto exigió la feliz promesa. Tenian que subir

al cuarto. Discutían, porfiaron. Al fin venció Roberto. Y ya tenían puestos los pies en el primer peldaño de la escalera, cuando un botones interrogó:

—¿Monsieur Retortijilla?

—Oui.

Y cogió Roberto un telegrama que le tendía el botones, y cuya llegada sobrecogió a Retortijilla con espanto. Le abrió. ¡Era la catástrofe! Doña Timotea había entregado su alma a Dios y sus fornidas arrobas a la Sacramental.

Sucedióse la escena prevista. Llantos, ayes, convulsiones. Ya en la alcoba, Titita, impúdica por el dolor, se tiró sobre la cama, enseñando toda la maravilla de sus piernas esculturales. Roberto se la comía con los ojos; pero el temor a profanar el luto de Titita le dejaba inerme.

Tras largo rato de lágrimas, Titita

se incorporó como después de un largo sueño y dijo:

—Tenemos que volver a Madrid. ¡Ah, y debemos llegar de luto!

—Por eso no te apures. Aquí mismo están los famosos almacenes del Louvre, donde hay de todo. Nada faltará. Ni medias, ni traje, ni guantes, ni una capotita. ¿Te gustan esas capotitas francesas, tan cucas, que tanto embellecen?

—Sí.

Y—mujer al cabo—Titita le sonrió a la capota desde el fondo de su tragedia.

Roberto Retortijilla, provisto de mil francos y de su escaso conocimiento del idioma indígena, compareció en los almacenes y arrambló con todo. Después, recordando el ofrecimiento de la capota, le interrogó al hortera parisién.

—¿Une capotte noire?

El hortera se lo quedó mirando con asombro; pero hecho a las extravagancias de los extranjeros y hombre mundano, no le extrañó que aquel individuo quisiera comprar allí una de esas gomitas que son muralla para el placer y tela de cebolla para la higiene, como las ha calificado el escepticismo.

—Este español — pensó — cree que aquí se vende de todo.

No era cosa de extrañarse, y menos de enfurecerse. Sonrió benévolo. Después le dijo que no, que esa clase de utensilios no se vendían allí. Sentía defraudarle. No. Aquellos almacenes tenían de todo, menos ciertas cosas. Y si aún fuera de otro color... Pero ¡se llevaba tan poco el negro para tales objetos! Se usaban de color rojo, blanco, pajizo...

El hortera, a quien le había picado la curiosidad tan extraña manía, se atrevió a preguntar en un francés que nosotros traducimos para hacerlo más sencillo a nuestros lectores (si es que no conocen la Academia Piscis):

—Y dígame. ¿Qué capricho es ese tan raro? ¿Por qué ha de ser negra la cosita?

Roberto, muy candoroso, explicó:

—Soy recién casado, ¿sabe usted?, y se me acaba de morir la suegra.

Entonces el hortera abrió mucho los ojos, miró con estupor a Retortijilla y, meneando la cabeza tres o cuatro veces como ante un caso maravilloso, exclamó:

—¡Oh, quelle delicateuse!

SU MADRE

SU MADRE

Un día, el doctor Generoso hizo cierta obra de caridad. Consistió en asistir de parto a una prostituta. Cuando extrajo el feto —un niño escuálido y asqueroso—, y lo arregló para dejarlo en el regazo de su madre, Pili se puso furiosa:

—¿Eso es mío? ¿Esa cosa tan horrible? ¡Ca! Se lo lleva usted y se lo cena con tomate. ¡Si parece medio kilo de sardinas pochas!

El doctor Generoso — conocido en todo Madrid por la bondad inefable de

su corazón—, suplicó a la hetaira:

—Mira que es hijo tuyo. No seas fiera, mujer. Viene de tus entrañas. Anda, póntelo ahí, encima de la barriga pecadora. Nunca habrá sostenido peso más honesto.

Mas Pili, la Pelirroja, fué inabordable. Ya treintona, borracha de aguardiente, famélica por frecuente necesidad, fea y cochambrosa, pasaba la vida entre San Juan de Dios, el Botánico, la calle de Ceres y los sótanos del Gobierno Civil. Su alma, si alguna vez tuvo un punto de amor y de ideal, era ya más fea, más honda y más negra que un zambullo.

—¡Llévese eso!—ordenó—. ¡Llévese eso o lo tiro por el retrete! ¡Maldito el cerdo que me lo hizo! Dios le libra de mis uñas porque no lo conozco. Algún canalla será. Algún mal guarro.

El doctor Generoso, que tenía aún

al feto entre las manos, sintió una piedad infinita por aquel pobre ser indefenso, y envolviendo al muchacho en unos trapos, salió de la zahurda y subió al coche, en el que hacía su visita de médico.

—¿Qué hago yo de esta pobre cosa? —se dijo, mientras el vehículo se alejaba de aquel barrio sucio y triste.—¡Lo dejaré en la Inclusa!

Pero no. Eso sería condenarlo a morir. Aquel establecimiento de caridad mataba de hambre a los niños abandonados. O no había dinero, o si lo había se lo comería alguien. El caso era que la España oficial, el Estado, la Diputación, quien fuera, realizaba la alevosía monstruosa de asesinar a los tiernos pequeñuelos abandonados por sus padres y que caían en el torno. De los lactados con biberón, ni uno solo se había salvado aquel año. ¡Buen bibe-

rón les darían aquellas válidas alimañas administrativas ¡ah!, y muy de orden, y muy de la disciplina social, y de la defensa social y del beaterio.

De pronto lloró el chico, y el doctor tuvo pena, una pena todavía más honda.

—¿Qué haré, Dios mío, con este renacuajo?

Una idea feliz cruzó por su espíritu. Tenía que visitar al vizconde de Gracia Larga, que se hallaba enfermo. A él se lo dejaria.

El vizconde vivía solo, es decir, sin parientes, y en unión de un criado bisojo y repulsivo. Entró el doctor en la alcoba del aristócrata.

—¿Cómo va?

Se oyó una especie de gemido, y el enfermo asomó su lívida cabeza sobre el embozo.

—Muy malito, doctor.

—¡Bah, eso no es nada! ¿Siguen los dolores?

—Sí.

—¿En el vientre?

—En todo el cuerpo; pero en el abdomen son más agudos.

—Eso—dijo el doctor riéndose—se resolverá hoy. Vengo dispuesto a todo. Huela usted.

Y le plantó cerca de las narices un frasco de cierta substancia enervante, que dejó transido al vizconde. Luego, corrió el doctor hasta el vestíbulo, donde había dejado al chico tapado por el gabán y la bufanda, y regresó con él, metiéndolo en la cama del enfermo. Por fin, dándole a oler al aristócrata un nuevo frasco, le hizo volver en sí.

El vizconde abrió lentamente los ojos, y se rebulló en el lecho. Al tropezar con el recién nacido, lo sacó fuera para ver qué era aquello. Después,

le interrogó al médico, la mirada asombradísima:

—¡Un chico!

—Sí, de usted.

—¡Mío!

—Yo mismo acabo de extraérselo a usted.

—¡Pero eso es absurdo!

—No, señor. En Medicina se han visto aberraciones más extrañas. Béselo y abrácelo, señor vizconde. Es fruto de sus entrañas. Búsquele un ama y edúquelo bien. Aunque hijo de lo monstruoso, es de Dics, y acaso sea un gran ciudadano.

Dicho lo cual, y para no prolongar la escena, el doctor Generoso huyó de aquella casa.

***

Pasaron quince, veinte años. El chico era un gallardo mozo. Tenía carre-

ra, y ante sus ojos se ofrecía, lleno de ilusiones, el porvenir. Un día, su padre, el vizconde de Gracia Larga, se puso gravemente enfermo. Llamó al heredero a su despacho, y después de cerrar bien las puertas, le hizo una confesión aterradora:

—Tú sabrás perdonarme. Era preciso que lo supieras todo. Voy a morir. Oye.

El muchacho exclamó:

—Oigo, padre mio. Y de todo estoy dispuesto a absolverle.

—Pues, entonces, escucha.

Bajó los ojos, y adoptando una voz musical y arrulladora que no le conocía el hijo, exclamó suspirando:

—Yo no soy tu padre. Soy... Soy... Soy... ¡Tu madre!

—¿Eh?

—Sí... Tu madre. Te parí soltero. Me asistió el doctor Generoso. Yo me

quedé absorto al saberlo. Pero no ha sido mi caso el único que ha existido. De esto hay precedentes en la obstetricia.

Después, para completar su grave manifestación, el vizconde de Gracia Larga, añadió:

—Es preciso que conozcas a tu padre.

—¿A mi padre?

—Sí. Tú padre es el colchonero de la esquina. Se ha puesto gordo con la edad, pero fué un lindo colchonero.

El vizconde hizo una pausa:

—Esta confesión, hijo mío, es de las que sólo pueden hacerse *in artículo mortis*.

ESTOY GOZANDO

ESTOY GOZANDO

Avila... Una noche fría, invernal. El coche ha traído de la estación a dos viajeros que viven en Madrid. Son una joven parejita. Ambos son chiquitos, ligeros, elegantes, bien ataviados. Seguramente se casaron aquella misma tarde y han tomado el tren de Francia, quedándose en Castilla. Se miran, se estrechan, se comen...

Al pisar el umbral del hotelito provinciano, el marido, que da su nombre para cumplir las fórmulas gubernativas, ordena con una energía rara, dado su tipito minúsculo:

—Comeremos en la alcoba. Que lle-

ven dos pollos fríos, jamón en dulce, salchichón, pasteles, frutas y una botella de Champaña.

Luego, con mayor energía aún:

—Que nadie nos llame con pretexto alguno, así pase un siglo. ¿Enterados? ¡Así pase un siglo!

Luego, maridito y mujercita, chiquitos, febles, pizpiretos y alegres como dos pajarillos enamorados, trepan la escalera y se encierran en aquel nido improvisado y feliz.

Por la mañana, a nadie extraña que aquellos novios sigan acostados.

—¡Bah, es natural!—dice el hotelero, dirigiéndose a su esposa—. También nosotros nos dimos una panzada de dormir, ¿verdad? Fué en Arévalo. ¿Te acuerdas? Me quedé en los huesos.

Dió la una, dieron las dos, las tres, las ocho, las diez... Ya, ya iba siendo extraño. Con las vituallas que se hi-

cieron llevar a la alcoba habían cenado y habían hecho el almuerzo. Pero, ¿y la cena?

—En fin—comentó alguien—, respetemos su voluntad.

Pasó toda la noche sin que se abriera aquella puerta impenetrable. Algunos criados curiosos aplicaron las orejas al agujero de la cerradura, pero nada se oía. ¡Eran tan pequeños aquellos enamorados! Todo en ellos sería chiquito y sigiloso. ¡Pobres! ¡Si parecían dos muñequitos de bazar!

A la otra mañana nadie dudó que saldrían. Pero ¡ca! Dieron las once, las doce...

¿Se habrían muerto? ¿Se habrían fugado? ¿Habría surgido un crimen? No, no era posible respetar un capricho tan absurdo.

—Si a las dos—dijo el dueño del hotel—no resuellan, habrá que intervenir.

Dieron las dos y aquel nido seguía silencioso. A las dos y media se resolvió Gutiérrez, el fondista, a terminar. Llegó a la puerta del número 15, y tocó con los nudillos. Luego:

—¡Señores! Ya es bastante, amigos. Pero ¿han fallecido ustedes?

Nadie respondía. Gutiérrez aporreó ya la puerta con empuje, alarmado. Pero el resultado fué enteramente negativo.

—Hay que echar la puerta abajo—resumió.

Por dicha, la puerta era endeble, y la cerradura más débil todavía. Bastó a Gutiérrez, pues, abatir su corpachón formidable, para que la estancia quedase franca.

¡Ah, pero el fondista retrocedió atónito!

El piso era un mar, un mar de liquidación amatoria. No se veía ser huma-

no. Se hizo traer unas botas de triple suela que tenía para las etapas de nieve, y llegó hasta el lecho. ¡Estaba en desorden y vacío! El embozo cubría las almohadas inclusive, y no delataba bulto alguno la presencia de ninguna persona. Tímido, cogió una punta de la sábana y tiró para abajo. Durante un rato permaneció absorto. Desnudos y confundidos en un abrazo estaban dos seres microscópicos, pequeños como lentejas, de una parvedad incomprensible. Los miró aterrados y los dejó terminar aquella tarea en que se hallaban. Cuando quedaron quietecitos, el fondista carraspeó para hacerse notar. Y entonces fué cuando el marido, sin fuerzas para incorporarse siquiera, y con una vocecita que podría ser la voz de la pulga, si hablase, una voz de susurro, exclamó:

—¡Dejadme, que estoy gozando!

LA APUESTA

LA APUESTA

Don Caralampio tenía tres... ¿cómo lo diríamos? ¿Bemoles? ¿Moles simplemente? ¿Has comprendido, lector? ¿Sí? Pues continuemos.

Tenía tres el pobrecito. Dilapidadora que es, a veces, la Naturaleza. Extraña. Hay a quien lo deja con el solar mondo y hay a quien le regala uno de propina y como muestra de prodigalidad.

Tres poseía don Caralampio. Y estaba orgulloso de ello. Y en ocasiones hacía apuestas divertidísimas.

Una de ellas, sin embargo, le salió mal.

Se hallaba en el café charloteando con unos amigos y se hablaba de cosas originales.

—Lo enorme es lo mío—dijo don Caralampio de pronto—. ¡Vaya, una apuestecita!

Señaló a don Cosme, que estaba a su derecha, y encarándose con don Hilarión, que posaba enfrente, exclamó jocundo:

—¿Van cinco duros a que entre este señor y yo tenemos cinco yemas?

Risas, holgorio, discusión, bromeo.

—¡Qué don Caralampio este!

—¡Qué tío más gracioso!

—Pero ¡menudo es don Caralampio·

Y ya iba tomando la jactancia de don Caralampio trazas de convertirse en serio torneo, y ya la apuesta iba a replantearse en un terreno de solvencias y de formalidad, cuando don Cosme, que se había puesto lívido, se acer-

có a don Caralampio y le dijo junto a la oreja:

—Don Caralampio, si no tiene usted cuatro estamos perdidos.

ZARZAPARRILLA

ZARZAPARRILLA

Una mañana, a la hora del vermut, se encontraron los dos amigos:

—¡Hola, Satur!

—¡Hola, Robus!

Robustiano era gordo, jarifo, de grandes bigotes enhiestos. Saturnino era enclenque. Éste poseía esposa. Aquél permanecía solterón.

—¿Dónde vas, Saturnino?

—Deambulaba.

—¿Te parece que entremos en el café? Es el momento del vermut.

—¿El vermut?—preguntó Saturnino con nostalgia.

Y como si aquel vino estúpido, que sólo produce inapetencia, le sugiriese ideas nefastas, se puso muy triste.

—Satur, a ti te ocurre algo—insinuó Robustiano—. Dime, ¿qué te acongoja? ¿Te han subido los alquileres? Habla. Ya sabes que te quiero bien.

—Entremos y te contaré una historia horrible.

Penetraron en el establecimiento y se acomodaron junto a un velador. Mientras se apropincuaba o no se apropincuabá el camarero, confidenciaron.

—Espándete, Satur.

Y Satur hizo un relato granguiñolesco.

¡Parecía mentira! Él, con sus cuarenta eneros ya, casado con la mujer más bonita de Madrid, había tenido una caída tenebrosa. Vergüenza le daba confesarlo.

Había sido en los derribos de Jaco-

metrezo. Pasaba por allí en la hora crepuscular, cuando oye chistar a su vera. Luego, una mocita de diez y ocho años se lo queda mirando gachonamente y le espeta:

—Oye, simpático.

—Oigo, aduladorcilla.

—Vente por ahí un rato, chulón, que me gustas.

En aquel momento Saturnino había olvidado la noción de lo existente. Fué como una alucinación. Él, que le venía siendo fiel a Doroteíta desde que se casaron, ya hacía un lustro, y que pensaba continuar siéndoselo hasta el fin de su existencia; él, que ejercía una cátedra de Moral en el Instituto; él, que era la dignidad y la severidad hecha carne, él tuvo una de esas debilidades fulmíneas que nos arrastran a la hecatombe.

— Bien — interrumpió Robustiano,

que ya lo había comprendido todo. Aquella mozuela era una peripatética vulgar. Aterrizaste con sus pedazos en el callejón de Tudescos; dilapidaste un cóngoro, vulgo duro, y...

—¡Y me caí con todo el equipo!

Robustiano sonrió para interrogar:

—¿Jeringueamos, Saturnino?

—Peor que jeringuear, Robustiano de mi corazón. Estoy hecho una lástima. La más infame de las dolencias. Lo hecatómbico.

Satur hizo una pausa, y poniendo en blanco los ojos:

—Ya ves—dijo—. Hasta privado de beber alcohol. Tú pedirás vermut. Yo, en cambio, tendré que apechugarme mi vaso de zarzaparrilla.

Se enjugó una lágrima:

—Es buena para eso—añadió.

Tocaron palmas a fin de que se acercara el camarero; pero éste, que era

sindicalista, dudó entre realizar un crimen reivindicador asesinando al importuno o seguir leyendo el periódico.

—Y lo peor no es eso—prosiguió Satur anonadándose.

—¿Algo peor todavía?

—Sí; mi mujer. Pero ese camarero no viene.

Aplaudió de nuevo, y entonces el bolchevique se dignó acercarse.

—Yo — dijo Robustiano — un vermut—. Para este señor, zarzaparrilla.

El camarero se puso a limpiar la mesa. Robustiano, bajando la voz, interpeló a Saturnino:

—Decias que tu mujer...

—Sí, la infeliz. Ya sabes que es una santa.

—La conozco bien. ¿Se ha enterado?

—Aún no. Pero se enterará.

—¿Por qué? ¿Vas a confesárselo?

—No. Pero se enterará por sí misma.

—¿Qué dices? Eres un monstruo. ¿Has sido capaz...?

Robustiano se incorporó, lívido, convulso, y con acento entrecortado y aspecto furibundo siguió interrogando a Saturnino:

—¿Has sido capaz?

—Sí. Yo lo ignoraba aún. Creí estar útil. ¡Como es tan sugestiva! ¡Pobre Doroteíta de mi alma!

Esto exhaló Satur. Robustiano, entonces, dirigiéndose al camarero, que se iba, gritó, irreflexivo, sin medir el alcance de sus palabras:

—Camarero, ¡a mí también zarzaparrilla! ¡Pronto, pronto! ¡Una enormidad de zarzaparrilla!

EN LA RAMBLA

EN LA RAMBLA

La vieja.—Oye, hermoso. ¿No ves qué chiqueta más guapa? Es una noya de postín.

El forastero.—Ya la veo, ya.

La vieja.—Vente, rico. Verás qué gusto.

La joven.—¡Apa!

El forastero.—Sí, sí... Yo me iría ¿eh? Pero no me vais a hacer lo que me hacen en Zaragoza.

La joven.—¡Qué risa!

La vieja.—¡Lo que le hacen en Zaragoza! ¡Vaya con el baturro! Pero, desgraciado, ¿cómo vas a comparar?

Esto es Barcelona. Esto es como París. En Zaragoza están atrasados, en la higuera. ¡Qué gracia de hombre!

El forastero.—Reíos, reíos... Porque me veis así, vestido a lo baturro, con mala facha, os creéis que soy memo. Que no voy. ¡Si me hicierais lo de Zaragoza! Entonces, sí, iría.

La joven.—Pero ¿no te voy hacer lo de Zaragoza? Y lo de Barcelona, que es mejor.

La vieja.—De fijo te quedarás con dos palmos de boca abierta. ¡Qué sabes tú lo qué son cosas nuevas!

La joven.—¡Apa, tonto!

El forastero.—Si me hicierais lo que me hacen en Zaragoza, iría. Bien fijo es que sí.

La joven.—Que te lo hago.

La vieja.—Que te lo hace, rico. Eso, y mucho más.

El forastero.—No vais a querer.

LA JOVEN.—¿Tan raro es lo que te hacen en Zaragoza?

EL FORASTERO.—No digo yo que sea raro, pero me gusta mucho.

LA VIEJA. (Rebuscando en sus recuerdos).—No sé lo que será. Cosas raras piden los hombres. No se me ocurre nada. Desembucha, hijo. ¿Qué es lo de Zaragoza?

EL FORASTERO.—No vais a querer hacérmelo.

LAS DOS.—¡Que sí!

EL FORASTERO.—No vais a querer.

LA VIEJA.—Te juro que sí. Venga, dilo ya.

EL FORASTERO.—Me da mucha vergüenza. ¿Vais a consentir?

LA VIEJA.—Sea lo que sea. Pero, anda ya. ¿Qué te hacen en Zaragoza?

EL FORASTERO. (Atreviéndose).—Pues, ridiós, ¡fiarme!

POSTURA NUEVA

POSTURA NUEVA

Pérez y Sánchez no se veian desde que fueron colegas en la Universidad. Al cabo de veinte años encontráronse, y se hicieron confidencias.

—¿Te casaste?—preguntó Sánchez.

—Sí. ¿Y tú?

—Hace quince añazos, chico. Tengo seis hijos, pequeños aún, porque al principio Carola se me mostró estéril.

—¡Buen artillero!

Sánchez se amustió:

—Buen artillero, antes. Ahora...

—¿Qué?—preguntó sonriendo Pérez.

—He fondeado, hijo. Clavé el ancla.

Hace un horror de tiempo que nada me emociona, ni me interesa, ni me saca de mis casillas. Ha sido una zambullida en el silencio. Apelé, como supondrás, a todos los recursos. Carola, cupletistas, excitantes, medicamentos... Nada. ¿Y tú?

—¿Yo?

Pérez lanzó una risotada báquica, de orgullo:

—Yo he inventado algo supremo, exquisito, que me enloquece. Cuando me noto flojear, lo empleo de nuevo, y siempre hallo en esa estratagema una floración de juventud.

Sánchez oía con triste curiosidad. Todo lo había él ensayado estérilmente. Su yertismo carecía de curación. Aquello era el final, el acabóse.

—Si quieres—dijo Pérez, conmovido por la desgracia de su antiguo compañero—soy capaz de transmitirte la

receta. Se trata de un recurso infalible.

—¿Medicinal?

—No.

—¿Alguna señora enterada, refinada?

No. Lo puedes, y lo debes ensayar con tu propia esposa. ¿No es ella la hembra que más te quiere? ¿No tiene interés, un interés personal, en verte alzar el vuelo, y en que salgas de ese terrible marasmo?

—Evidente.

—Pues entonces, no dudes.

—¿Y en qué consiste la estratagema? No es que tenga esperanza. Pero, en fin...

Pérez le dió a su discurso un tono confidencial, y diríamos que doctoral.

—Necesitas una habitación que tenga el piso de madera; que esta madera esté bien untada de cera, para

que sea muy resbaladizo; y cuatro platos...

Sánchez no pudo resistir la risa:

—Eso es un camelo.

—¿Camelo? El día en que me sentí fondear, lo ideé, lo ensayé, y aquí me tienes hecho un sultán. Claro que tengo una esposa complaciente. Mi Fifí, por darme gusto, es capaz de los mayores excesos. ¿Te sigo narrando?

—No tengo ninguna ilusión, Pérez. Mi fondeo es definitivo e irreparable. Pero, cuenta. Al menos, será este rato de charla un lenitivo para mi angustia. Narra, Pérez.

Pérez bajó la voz, y cuchicheó misteriosamente:

—Una vez en la habitación reservada y resbaladiza, pones los cuatro platos en el suelo. Tu mujer...

—¿Qué hará?

—Apoyar sus dos pies y sus dos

manos en los platos aludidos. Procura que esté Carola lo más leve de ropa que sea posible. Eva no tendría rival para esta gran aventura.

—Eso es ridículo.

—¿Cómo ridículo? De una emotividad que enardece. ¿No comprendes, incauto? Sobre que la mujer está interesantísima en esa facha, cuenta, además, con lo resbaladizo del suelo. Te acercas... Los platos corren... Es una lucha penosa, formidable. Acabas por levantar el ancla.

—Mi ancla—sollozó Sánchez — está en el fondo del mar llena de limo. Un asco, Pérez.

—Pues yo te aseguro el feliz resultado de la operación. A mí no me falla. Ni les ha fallado a los diversos amigos que me contaron sus cuitas, y los cuales, como tú, habían perdido toda esperanza. ¿Lo ensayarás?

—Creo que no. Todo lo tengo visto.

Cambiaron de conversación. Se hicieron innúmeras preguntas acerca de sus vidas. Pérez se fué contento. Sánchez se alejó pensativo.



Al cabo de unos días volvieron a encontrarse los dos antiguos compañeros.

—¿Qué tal, Pérez?

—Marchando, Sánchez.

Dialogaron. Pérez, de pronto, recordó el consejo que le había dado a su camarada. Rió.

—Oye, Sánchez, ¿y de la estratagema aquella que te insinué? ¿La practicaste?

—¡Calla, hombre!

—Vamos, dime: ¡A que te dió resultado!

—Que te calles, guasón.

—Hombre, entre amigos... Tengo

curiosidad por saber. ¿La ensayaste?

Sánchez encogió un hombro, y respondió con tristeza:

—Sí.

—¿Tal como yo te dije? El pavimento resbaladizo, los platos...

—Sin omitir detalle.

—Y ¿qué?

—Nada.

—¿Es posible? Pero si eso no le ha fallado todavía a nadie. ¡Ea, no seas reservón!

Sánchez suspiró con melancolía.

—Te digo la verdad. Lo ensayé con la pobre Carola en el comedor de casa, que estaba recién encerado. Ella, como Eva. Yo, como Adán.

—¿Y qué? ¿Y qué?

—Inútil.

Miró Sánchez hacia el suelo con pena, y como consolándose ante un pequeño recuerdo jovial, terminó:

—Unicamente los chicos. Ellos, sí. ¡Son tan pequeños aún! Se divirtieron mucho. A Carolita, la mayor, que tiene nueve años, creí que la daba un ataque de risa.

CONSTANTINOPLA

CONSTANTINOPLA

Paco Alós notó un escozorcillo, y se miró atentamente. ¿Estaría enfermo? Cuatro días justos hacía que, hallándose en San Sebastián, había cedido al arrullo de una tórtola veraniega, y que...

—¡La muy asquerosa! ¿Habrá sido capaz de proporcionarme un largo entretenimiento?

Y recordó con ira su boca pintarrajeada, sus medias finas, su camisa color de rosa, y aquella insistencia en darle al placer sexual una naturalidad que es siempre peligrosa con hetairas.

—Me fastidió esa infame — meditó Paco.

Y como era un hombre aprensivo, y como tenía pedida su novia, y como aquello era una hecatombe, se vistió con ligereza y se fué a casa de su médico.

El doctor hizo que Alós se desnudara. Lo tendió en una mesa de operaciones, y empezó una prolija requisitoria. Exprimió, badajeó... Nada. El doctor soltó al fin su presa alegremente, y dijo:

—Era aprensión. Está usted perfectamente.

Y ya iba Alós a saltar de la mesa, poseído de una plena felicidad, cuando el galeno reparó en algo.

—Espere, espere.

Era una manchita azul, una especie de lenteja que se escondía, rara. Aquello sí podría ser un síntoma espantoso.

Hasta de gangrena presentaba aspecto la tal manchita azul.

Alós se puso lívido.

—Espere, hijo, espere. Acabo de encontrar algo verdaderamente extraño. Ahí podría estar el mal.

—¿El mal? ¡Qué horror! Ya lo sabía. Ya lo sabía. No podría escaparme salvo. Dígame qué es. Sea franco. Y opéreme en seguida. Aunque tenga que sufrir mucho. He pedido a mi novia, y voy a casarme el mes que viene. Hable. ¿De qué se trata?

El doctor seguía mirando la manchita azul con atención minuciosa. Por fin reveló a su cliente el enigma:

—¿Se ha fijado en la mancha azul con que adorna usted su belleza, pollo?

Alós se puso muy alegre:

—¿Azul, como una lenteja, a la izquierda?

—Sí.

Paco soltó una carcajada, y se irguió de un brinco:

—Eso—dijo—es un tatuaje. Me lo hicieron cuando estuve en Turquía. Si usted consiguiera ponerme ahora mismo en condiciones, leería usted «Constantinopla».

BUEN REMEDIO

BUEN REMEDIO

Cuando llegó aquel día Freixe (Pascual Freixe) a la tertulia, venía con una venda en los carrillos y un aspecto lastimoso.

Sus amigos del café, Pancho Bronca, Bernardino Pecas, Fabriciano Reguaja, Paquín Rescausajillo y otros seres de aquella pintoresca gallofa, saltabancos que vivían de la estafa y del confusen, se echaron a reir.

Freixe, larguirucho, hambriento, vago y venenoso, estaba imponente con aquella venda.

—Qué, Pascual—le preguntó Ber-

nardino Pecas—, ¿te has alquilado para caballo de los toros?

Pero Freixe puso una faz demasiado triste y las burlas cedieron. Tenía un dolor de muelas inmenso, el dolor de muelas cumbre, el más grande que padeció ser humano. Había pasado la noche revolcándose como un reptil, bramando como un marrajo, silbando como una sierpe. De mañana fué a casa del odontólogo (Freixe era culterano y no decía dentista nunca); pero aquel malvado nada pudo hacer. Existía una inflamación demasiado fuerte y había que esperar a que se reventaran los flemones.

—Aquí me tenéis—dijo — sufriendo como ante una estafa ida o un chanchullo fugaz.

Bramó un poquito, se apretó la venda, tomó asiento y se quedó con los ojos en blanco.

Reguaja, empero, no había tomado a chacota las muelas de Freixe. También Fabriciano sufriera lo suyo cuando se le carió un incisivo. Sabia que era el mal de dientes pochos. Se acercó a Pascual y le hizo una confidencia:

—Oye, Freixe.

—¡Qué!

—Yo tengo la receta para acabar con esos dolores.

—¿Sí?

—Palabra.

—¡Dámela, por Caco!

—Es un poco rara, ¿eh? Y algo sicalíptica.

—No importa. Aunque haya que perpetrar alguna aberración. Soy capaz de todo con tal de evitar este horrible tormento. Comprendo a Calígula.

Reguaja bajó la voz más todavía y narró:

—Yo también he padecido, ¡oh, Frei-

xe desdichado! dolor de muelas. Nada me consolaba. Llegué a las mayores extravagancias, sin resultado alguno. Hasta me...

Fabriciano se detuvo para sonreir:

—Hasta que di con el remedio.

—¡Vaya por Dios!

—Calma, hombre.

Se puso rezumoso:

—Ella. ¿Sabes? ¡Ella! En cuanto advierto el menor dolorcillo, la busco. La busco en casa, y si no está en casa, en el hogar de sus padres, en misa. Me la llevo a un sitio reservado y ¡zas! ¿Comprendes?

—A medias. Te la llevas y ¡zas! Vamos, que...

—Sí, hombre, sí. Actúo. Pero necesito actuar más de una vez. Esto es lo difícil y lo penoso tratándose de un hombre como yo, algo gastadillo... Pero, en fin, saco fuerzas de flaqueza y

me luzco tres o cuatro veces. Al final, cátame sin el dolor más insignificante, feliz como un querube.

—Sí que es curioso—comentó Freixe desde el marco de su venda.

—Muy curioso. Al principio creí que aquello debía de ser una coincidencia fortuita; pero el tiempo me fué persuadiendo de que no se trataba de una casualidad, sino de una receta clara, eficacísima. Ella, mi esposa querida, mi dulce Leonor, me ha salvado del dolor de muelas.

Cuando acabó Reguaja su discurso y miró a Freixe para leer en su fisonomía alguna esperanza, lo halló mustio, descorazonado.

—¿Acaso no te ha impresionado mi experiencia? ¿No concibes alguna ilusión?

Freixe, abatido y con voz entrecortada, replicó:

—Sí... Acaso me hiciera bien... Pero ¿dónde encontraría yo ahora a tu mujer? Mi caso es demasiado urgente. Si fuera cosa de familia y tú quisieras hacerme el favor de prestarte... Anda, Reguajita. Hazlo por caridad. ¿Dónde buscar a Leonor, con la prisa que tengo?

¡NO ES ASÍ!

¡NO ES ASI!

El frontón era un gran espacio abierto al aire, que debió ser la huerta de algún antiguo convento, pues aún se veía a la entrada el portón solemne y grave como el coramvobis de un señor abad.

Sobre un muro viejo habían alzado las gradas y los palcos: la cancha y sus sillas quedaban así siempre bajo la amenaza de la lluvia o el sol, según el mal o buen humor del firmamento.

La afición a las pelotas era una cosa clásica en aquel país: aquella raza de seres fuertes, robustos y con unos es-

tómagos a prueba de dinamita en guisados, diríase que necesitaba para su solaz aquel deporte que, con su exaltación de todo lo que fuera membrudez, parecía constituir un símbolo.

Los cuatro jugadores de hoy eran cuatro ases del oficio: tres eran guapos chicos, altos, de esqueleto bien formado y rostro noble; el cuarto, si bien de estatura menos que mediana, tenía una reciedumbre de pecho y espalda tan armónica, que daba la sensación de fuerza mucho más que sus compañeros. En él la cesta, en franca desproporción con el brazo y el cuerpo, parecía la mano de una langosta.

El público era numeroso. Se estaba bien en el frontón en aquella tarde de principios de verano, nunca muy riguroso en aquellas latitudes; el cielo aparecía entoldado, pero sin que cuajase

la amenaza de lluvia con que el día empezó.

Llevaría el partido su buen cuarto de hora de desarrollo cuando apareció a la entrada de la cancha una mujer alta, morena y muy guapa, con esa belleza realmente agresiva que ostentan algunas mujeres y que incita a caer sobre ellas aun a los seres más castos. Vestía toda de blanco, desde el sombrero a la punta de los zapatitos, y el blanco total de la figura hacía resaltar más el negro negrísimo de cabellos y de ojos y el grana-fresa de los labios.

Al avanzar ante la primera fila para ir a ocupar la tercera de las sillas de cancha, la pelota, después de un rebote que pareció un guiño, fué a caer sobre la arena, ya más acá de la pista, y a los pies mismos de la recién llegada. Los rojos perdieron un tanto, y la morenaza, sin inmutarse ante la bolita que

antes de caer a sus plantas le había rozado los pechos, se volvió hacia el señor respetable que la seguía y le dijo, entre una sonrisa:

—¡Mira que echarme pelotitas a mí!

El señor le contestó con un gesto que venía a decir:

—Es como llevar espárragos a Aranjuez.

Ocuparon sus asientos y el partido llegó a una fase interesante: los dos delanteros, picados en su amor propio, hicieron unas cuantas jugadas de maestro, alardeando de poder, planteándose el uno al otro dificultades con el ánimo de resolverlas tranquilamente, juego de artistas en que los golpes se sucedían como disparos con balas envenadas.

La recién llegada, en la que el público se fijaba casi tanto como en los jugadores—Salsaiturrimendi y Echale-

chegorri, ¡nada más!, se llamaban aquellas dos fieras de la cesta—, concentraba en el partido toda su atención. Sentada en el borde de la silla, con el pecho fuera y las manos casi crispadas, permanecía hierática, impasible, y sólo perdía su inmovilidad cada vez que la pelota, en un tanto fallido, caía hacia el suelo sin que ninguna cesta acudiera, amorosa, a recogerla en su seno. La bola rodaba por la pista unos cuantos metros, hasta que la mano del pelotari al que le correspondía sacar la alzaba sin prisa y la conservaba en su poder mientras llegaba al cuadro donde estaba el saque reglamentario.

Cada vez que esto ocurría, la dama de blanco hacía un mohín de disgusto y desprecio a la vez y, hablando sola, decía muy alto:

—¡No, hombre! ¡No es así!

Su marido, padre, hijo..., o lo que fuese, se la quedaba mirando; pero no intentaba aclarar con una pregunta el sentido de aquella frase. ¿Qué cosa no era así? ¿A qué se refería su mujer, hija, madre..., o lo que fuese?

La exclamación, que se veía cómo a la mujer le salía del fondo del alma, se repitió muchas veces, siempre que un tanto se producía, y cada vez con más vigor, acentuando más la dama el gesto agrio y desdeñoso.

Los más cercanos del público estaban ya un poco intrigados, y el acompañante de la hermosa espectadora, que en el fondo era un decidido partidario de la metempsícosis, le dijo por fin, replicando a una de sus afirmaciones:

—Mira, Agata, hijita, yo creo que tú has sido pelotari en una encarnación anterior.

Ella no le oyó, y si le oyó fué lo mismo, porque ni siquiera movió una sola pestaña de todo su lindo cuerpo. Aunque en su eterna invectiva no tenía preferencia por ninguno de los jugadores, había uno, el pequeño y de hombros cuadrados, que parecía tener el privilegio de exasperarla más que los otros cada vez que, tras un golpe fallido, se agachaba al suelo para recoger la pelota con gesto lánguido de fatiga. Entonces el mohín de la dama se hacía más áspero y hasta ponía una mayor dureza en la frase condenatoria:

—¡No hombre, no! ¡No es así! ¡Es un imbécil ese hombre! ¡Parece mentira que se pase la vida manejando esos objetos y no sepa cómo ha de hacerlo aún!

El partido se acabó: tras del último tanto el público prorrumpió en una

ovación a los vencedores, que, realmente, se habían portado bien.

Lá dama dijo unas palabras al oído del señor, y éste puso un gesto aterrado que venía a querer decir:

Pero ¿es qué definitivamente te has vuelto loca?

Por lo visto no se trataba de una consulta, sino de comunicar una decisión: la dama, muy resuelta, avanzó por la cancha y salió al encuentro de los jugadores, que se retiraban limpiándose el sudor del rostro y del morrillo con grandes toallas.

Llamó al pequeño y, plantándose ante él con todo descaro, le dijo, entre compasiva e iracunda:

—¿Quién les ha dicho a ustedes que las pelotas se cogen así?

El hombre se la quedó mirando sin comprender. ¡La cosa era tan inespeperada! Pero como ella repitiese la

pregunta, y ahora ya en tono más agresivo, preguntó él a su vez:

—¿Pués cómo hay que cogerlas?

La señora le arrancó una que el jugador llevaba en la mano, la tomó a pulso, suavemente, como se toma una cosa cuyo peso se quiere adivinar por cálculo, y le dijo, queriendo darle una lección:

—Así... Se toman así; yo, al menos, las he cogido asi toda la vida.

El otro empezó a comprender: aquella señora era víctima de un error; creía que todo el monte era orégano, o que, como dijo el filósofo, en el mundo todo es uno y lo mismo. Quiso deshacer el equívoco, al mismo tiempo que dar una lección a aquella impertinente. Volvió a quitarle la pelota de la mano y, apretándola con fuerza, dijo, socarrón, a la dama:

—Pues debe usted variar, señora;

por una vez pruebe a cogerlas así, con fuerza, como yo las cojo.

Ella se había puesto pálida.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque me contestarían con un bofetón.

¡¡VIOLADA!!

¡¡VIOLADA!!

Se llevó el asunto al Juzgado. María Felisa fué violada en mitad de una corredoira, cuando volvía de la fuente. Era guapa, alegre, retozona, simpática, con su diez y seis años floridos, su refajo grana y su redonda carita de melocotón.

¿El sátiro? Manuel, un mozancón fornido y brutote, quien después de realizar tamaña afrenta y de construir un Manoliño, se fué a otra aldea, huyendo tanto de garrotes y sopapos, como de vicarías y maridajes.

Un día, al cabo, celebróse el juicio

en el partido de Betanzos, donde ocurriera el desafuero.

Desfile de testigos. Habló Manuel. Hablaron médicos y comadres. Por fin, habló María Felisa.

—Cuente usted lo sucedido—ordenó el juez.

—¡Me da mucha vergüenza!—replicó la moza echándose a reir y meneando caderas y hombros.

—No importa. Hay que esclarecer bien los hechos. Diga. ¿Cómo fué la violación? Procure no omitir detalles convincentes.

María Felisa, entre arreboles, dudas, tropiezos, fué descubriendo la escena.

Manuel venía requebrándola hacía tiempo. En el baile último se había excedido en el meter de mano. Porque lo natural estaba bien. Pero aquello era una imprudencia. Y más, en público.

El día de autos se toparon en la co-

rredoira. Manuel la detuvo para decirle que estaba muy bonita, y que se la iba a comer. Le cogió la sella que venía llenita de agua, y la puso en el suelo; después cogió a la moza por la cintura, y le dijo unas palabras muy arrulladoras, muy poéticas.

Que si olía a vaca joven, a establo querido, que si tenía unas ancas de jaca viva; cosas, en fin, muy románticas. Lo sabía el señor juez. Lo que él mismo le había dicho a sus novias cuando fué quinto.

¿Después? Después la condujo entre engaños a lo más espeso de la corredoira. Sentáronse. Le pasó una mano por detrás hacia adelante, y se puso a rascar allí y a hacerle cosquillas. Luego, que si el pie era bonito, que si la pantorrilla sería hermosa, que vamos a verlas, que patatín, que patatán.

—En esto—dijo la moza—noté que

sacaba algo. Lo sacó de un bolsillo que llevaba cerrado con botones. Parecía una flauta. Yo no sabía qué era aquella cosa tan rara y tan nueva.

—¿Ves?—me dijo—. Esto sirve para hacer reir a las mujeres. No resiste ninguna. Prueba...—Y María Felisa añadió: —Me subió las faldas, se remontó, y...

La moza, delante del juez, ruborosa y tímida, no supo seguir explicando su desgracia. Cortada y medrosica, enmudeció como una gacela acobardada.

—¿Y qué?—interpeló el magistrado—. Es absurdo. ¿Cómo no se defendió usted? ¿Cómo no le mordió? ¿Cómo no evitó aquel acto?

María Felisa, más ruborosa que antes, y bajando las marquesinas de sus grandes pestañas, respodió:

—Señor juez, ¿y quién podía con la risa?

REFINAMIENTOS

REFINAMIENTOS

Jacobo Pampliega, además de siete u ocho mil duros de renta, tenía unas aficiones por extremo pintorescas.

A él no le gustaban los toros, el vino no lo usaba más que en fricciones alcohólicas cuando le atacaba muy fuerte el reuma, y la música le venía a producir poco más o menos el mismo efecto que a un sordomudo. Si veía remota una baraja se abrochaba la chaqueta por miedc a que desde lejos un espíritu maligno le echase la contraria, y el humo del tabaco se le antojaba cosa tan absurda e irracional, que cierta vez

que un amigo, no sabiendo cómo obsequiarle el día de su santo, le envió una caja de puros, recibió, en cambio, la visita de los padrinos de Pampliega.

En cambio Jacobo casi todas las noches del año, cuando las calles empezaban a verse solitarias, se recogía en sí, procuraba separarse de los amigos y se encaminaba por la carrera de San Jerónimo abajo hacia los alrededores del Botánico.

Para él Jauja y el Paraíso terrenal, todo en una pieza—en una pieza de dos reales—estaba en aquel kilómetro cuadrado que va de la estatua de don Claudio Moyano—¡pobre don Claudio, tan feo y tan acompañado por las noches!—a la Cibeles y de la calle de Alfonso XII a la de Lope de Vega.

Unas mujeres que, salvo alguna excepción, no tenían de tales más que el nombre, se dedicaban a ganar allí el

cocido diario desplegando toda su sabiduría en unas labores manuales que tenían su templo en aquellos parajes desde tiempo inmemorial. La mayoría eran viejas, y las que no habían pasado de los cincuenta, por su aspecto y su estado de edificio en escombros parecían tener más de sesenta, y al salir al paso del transeunte para ofrendarle sus caricias, daban la exacta sensación de una abuela que marchase en busca de su nieto al volver éste de la escuela.

El vulgo, que es injusto y se equivoca casi siempre, había forjado en estas pobres mujeres una serie de leyendas: decían de ellas que lejos de ser mujeres eran hombres disfrazados de tales; ambiciosos ciudadanos que después de haberse pasado el día en lo alto de un andamio o en los salones del Ateneo, iban por las noches a completarse el

jornal con un trabajo que ya tenía precedentes heroicos en la Biblia.

También se les achacaba el feo vicio de pedir cigarros como propina a los parroquianos, que ellas después deshacían, y mezclando el tabaco con arena del Manzanares y raspaduras de huesos, vendían después como emboquillados elegantísimos en todos los casinos de Madrid.

Pero de todas las infamias, de todas las injurias, la que ellas rechazaban con más energía cada vez que alguien la hacia llegar a sus oídos, era la acusación de ladronas.

¡Eso no, caramba! Manos ágiles, pero no para robar. Porque lo que decía alguien de ellas era que, mientras entretenian al huésped con los halagos de su arte voluptuoso, procuraban aprovechar bonitamente la ocasión para desvalijarle de cualquier objeto va-

lioso sin que el prójimo notase la falta.

Acerca de ello hablaban una tarde en la cervecería donde Pampliega tenía su tertulia, éste y dos amigos, de los cuales uno se las daba de muy ducho en correrías nocturnas, hasta el punto de creerse un profesional de los bajos fondos.

—Eso es mentira; ¡si lo sabré yo! —decía Pampliega, convencido—. Esas infelices, durante el día serán todo lo que vosotros queráis: mecheras, descuideras, mendigas de profesión, literatas... lo que sea; pero yo os aseguro que al llegar la noche se formalizan, yo diría que se purifican, como si la luz nocturna fuese para ellas un agua lustral—Jacobo era algo poeta—; con las sombras nocturnas se aclara su espíritu, se engrandece su corazón, se magnifica su.....

—¡Mozo! Otro bock—demandó es-

céptico uno de los amigos, cortando en flor aquel derroche a caño libre.

Pero el otro, el que presumía de enterado, tomó la palabra, con ese tono decidido del hombre que habiendo oído disparatar durante algún tiempo sobre un tema que le es familiar, quiere poner las cosas en su punto y éstos sobre las íes.

—Pues a mí me ocurrió, hará poco más de un año, cierta cosa que no deja de ser chusca y ejemplar.

—¿En el Botánico?

—Exactamente: y en su rincón más poético y evocador.

—¿En la fuente de la alcachofa? —preguntó Pampliega, a quien esto de la alcachofa no dejaba de ofrecerle cierto simbolismo.

—No, hombre: bajo la estatua de Murillo.

—Cuenta, cuenta...

—Pues, señor: ésta era una noche que yo me encontraba muy aburrido, tanto que me fuí a ver una representación de *Parsifal* sin haber comido en todo el día. A la salida me desquité del ayuno en un café de la Puerta del Sol, y ya con el estómago relleno me deslicé Carrera de San Jerónimo abajo, como quien se desliza por un plano inclinado.

—Como que yo creo—dijo Jacobo—que la han construído en pendiente para que llegue uno al Botánico impulsado por cierta fatalidad.

—Acaso... Por eso, ¿dónde iba yo a ir a parar esa noche más que donde fuí? Un poco más allá de Neptuno me topé con Andrea...

—¡Hombre, la simpática Andrea!

—...La buena vieja que nos trata siempre a los parroquianos como una abuela a su nieto predilecto. Me gusta tropezar con ella, porque es amiga de

unos refinamientos extraños de su propia invención, que le dejan a uno muy agradable sabor de boca. Claro es que si no me la encuentro buenamente no la busco: en el Botánico no se debe nunca buscar a nadie, sino tomar lo que viene primero a la mano.

Esta última afirmación-consejo se la brindó intencionadamente a Pampliega, presumiendo una vez más de experto conocedor.

—Andrea me acogió como siempre: como al hijo pródigo que vuelve a casa... todas las noches y casi a una hora fija. «Hoy te voy a hacer una cosa que te va a gustar muchísimo», me dijo, haciéndome el menú. «¿Qué es?», la pregunté yo. «Ya verás, ya verás... Tú déjame hacer...» Hay que advertir que la anciana, ¡oh sabiduría incopiable de la edad!, me había regalado ya en veladas anteriores con perversidades re-

finadas de la complicación siguiente: llamar a gritos a la pareja de civiles que hace toda la noche la ronda del Museo de Pinturas, cuando está uno más engolfado en la operación, para que así el miedo contribuya a aumentar el placer; pinchar con un alfiler en las piernas sin previo aviso y aprovechando también el momento culminante; suspender la operación al notar la proximidad del final y formular la amenaza de no continuarla si no se elevaba el doble—¡está todo tan caro!—el estipendio convenido...

—¡Es muy artista!—dijo Pampliega, sin poder disimular su entusiasmo.

—¿Quién? ¿La Andrea? Como que en su barrio, que es el de Cabestreros, la llama todo el mundo Andrea del Sarto.

—Es verdad.

—Bueno; pues esa noche la maestra hizo que me despojase de las bragas

no más que lo preciso para que su mano hábil pudiese manipular en cierto rinconcito que viene a ser en el organismo humano como una cueva diminuta entre dos piedras feroces. Si no comiéramos, para nada necesitaríamos los humanos esa salida que...

—Sí, hombre, sí, ya te hemos entendido—exclamó a gritos el concurso.

—Bueno; pues mientras Andrea, con su diestra, ejecutaba al modo natural los habituales manejos de su profesión en mi fachada anterior, con uno de los dedos de su mano izquierda—no quisiera equivocarme, pero me parece que con el mismo que sirve para señalar — iniciaba la penetración pacífica en el ventanal único de mi fachada posterior: ambos movimientos combinados, os aseguro que producen una voluptuosidad muy superior a todo lo imaginable y, desde luego, el que prue-

ba una vez pide siempre la repetición con verdadero ardor.

Pampliega hizo un vago gesto de escepticismo.

—Es algo inenarrable: son dos placeres en uno. Prueba, Pampliega, y te convencerás.

—No puedo—dijo el aludido con cierta melancolía.

—¿Por qué?

—Porque ya he probado hace tiempo.

—¿Y no te gusta?

—¡Más que una tortilla de riñones!

—Y, ¿no lo repites?

—No.

El narrador, que había hecho el raconto sólo para llegar a este final, y que, por tanto, esperaba la respuesta, preguntó, dándoselas de inocente:

—¿Por qué?

—¡Porque la única vez que me lo hicieron me robaron el reloj!

LA IDEA FIJA

LA IDEA FIJA

Cuando Bermoechea pensó dedicarse al teatro tenía de la vida entre bastidores una idea completamente distinta de la realidad.

Esto pasa siempre que uno, sintiendo en sí el fuego sagrado de la vocación, piensa dedicarse a una profesión cualquiera; de no ser así, nadie se dedicaría a ninguna.

Para Bermoechea, hijo de unos acomodados industriales de Bilbao, el teatro era siempre una cosa brillante, donde la gente, para estar de buen humor, no tenía que aguardar á los días

de nómina, donde los compañeros se querían entrañablemente y se prestaban dinero unos a otros, y donde las actrices eran unas grandes amorosas.

Como un tío de Bermoechea había sido empresario de un teatro en Bilbao, por el que habían pasado en turné veraniega todas las grandes compañías de Madrid, al chico le fué fácil obtener una recomendación para el empresario del teatro de la Tragedia, elegante coliseo no lejano de la Puerta del Sol. Entró en él de meritorio con la honrosa misión de introducir en escena todas las bandejas que los autores necesitasen para desarrollar la tesis de la obra. Pero, era lo que él se decía: así empezó Máiquez.

De las actrices de la compañía la que más por entero cautivó desde un principio la atención del meritorio fué la característica. Doña Antonia Ra-

moneda era una mujer de unos cincuenta años que, habiendo sido primera actriz con Vico, retiróse de la escena al morir don Antonio y puso una casa de huéspedes en la casi desaparecida calle de Jacometrezo. Pero su clientela se compuso, casi exclusivamente, de cómicos desde el primer día, muchos de ellos compañeros de trabajo de la patrona, y, en efecto... la casa tuvo que cerrarse a los tres meses. Los cómicos, cuando la Ramoneda les pedía el pago del mes o de una parte de él, contestaban recitando un trozo del *Don Alvaro* o de *En el seno de la muerte*, y ¡claro! aquello fué la muerte de la industria.

Doña Antonia, como un toro cuando va a doblar, hubo de volver a las tablas; pero cómo en aquellos meses se le había olvidado teñirse las canas y tenía la cabeza blanca como una almo-

hada de pluma, tuvo que hacer ya su reaparición como característica, encargándose de los papeles de suegra, viuda de un militar, criada respondona y dueña de casa de huéspedes. ¡Oh, sarcasmos de la vida!

La noble dama había sido hermosa... y algo gallinesca en sus tres primeras juventudes. Del esplendor pasado conservaba un rasgo maravilloso, un rayo único del sol que se ponía: un pecho firme, erecto, ni grande ni chico, y de una armonía de líneas en su desarrollo que hubiera hecho enfermar de ictericia a la propia Venus Calipigia.

Viendo aquella adorable cornisa se olvidaba uno de los años de su dueña, de las arrugas que ya empezaban a mancillar su rostro y de lo níveo de sus cabellos, que, aunque artísticos, resultaban poco propensos a la sensualidad.

Bermoechea, desde que vió aquello, estaba verdaderamente prendado de la característica, o por lo menos de aquella parte de su cuerpo. Entregado de lleno al fetichismo amoroso, sintióse muy pronto obsesionado con la idea de disfrutar de *aquello* fuese como fuese.

La idea fija, clavada como con tachuelas en su cerebro, le perturbaba el sueño, le alteraba las digestiones y le hacía pasar la vida entera embobado y como en éxtasis. El tormento sólo se le calmaba, como ocurre con casi todas las obsesiones, a la vista del objeto deseado, invadiéndole entonces una timidez que contrastaba con sus audacias de pensamiento de toda hora.

Doña Andrea se había dado cuenta de esa muda adoración del meritorio; pero, mujer algo cansada de la vida, nada hacía por aliviarla, y mucho menos por enardecerla.

Una tarde, mediada ya la temporada, Bermoechea notó en sí una fuerza, una actividad extraordinaria; desde hacía unos días la obsesión de los pechos de la característica le atormentaba más que nunca y, no sabía por qué, sentíase decidido a terminar aquel día su sufrimiento.

¡Oh, el torcedor implacable de la idea fija! No hay fuerza humana comparable a su fuerza.

Aquella tarde no se ensayaba más que una pieza en un acto, en la que sólo trabajaban el actor cómico, doña Andrea, una de las meritorias y Bermoechea. El ensayo duró media hora escasa, y se redujo a un rezo de papeles que, con la penumbra del teatro a aquella hora, daba a éste aspecto de catedral durante el coro vespertino.

Al terminar, el actor cómico—daba la feliz casualidad de que aquel día es-

taba de purga — se marchó a la calle, y lo mismo hizo la meritoria. Doña Andrea, después de dar las buenas tardes, enfiló la escalera que a la derecha del escenario conducía a los cuartos de los actores.

Y el joven Bermoechea enfiló tras ella. Nunca pudo decir si lo hizo con plena y libre decisión de su voluntad, o si fué algo inconsciente y superior a sí mismo lo que le empujó.

A mitad de la escalera se plantó delante de la anciana, y le contó sus penas. Él no podía más: necesitaba ver *aquello*, tocar *aquello*, saborearlo hasta saciarse. No se trataba de ningún asalto violento, de ninguna exigencia: el tono era mas bien de súplica. ¡A ella le costaba tan poco acceder a aquel capricho!

Doña Antonia, sinceramente sorprendida, pareció sentir lástima del

muchacho, siguió andando hasta su cuarto, que estaba seis escalones más arriba, y entró en él mientras decía:

—¡Qué locura! ¡Qué locura! ¡Si le oyeran a usted!...

Pero no cerró la puerta.

El joven pasó por ella y, ¡oh feliz casualidad!, cuando la antigua compañera de don Antonio Vico fué a encender la luz se encontró con que la lámpara se había fundido...

....

Doña Andrea, en su vida, plantel de desengaños, acababa de ver florecer uno más. Aquel pollo, que con su fogosidad sarracena hízola al principio forjarse grandes ilusiones, limitóse luego a la suyo, sin preocuparse de ampliar el repertorio. ¡La juventud casi siempre es egoísta!

Bermoechea, aplicando sus labios a las bolsas de la vida, que durante tan-

to tiempo habían constituído toda su ilusión, obró como si pensase extraer de ellas lo suficiente para poner una mantequería. Pero lo hizo con tal torpeza, de un modo tan burdo, que la dama, pensando que para ciertas cosas no hace falta escuela, preguntó al meritorio cuando éste dió por terminada su faena:

—Bueno; pero tú, de pequeño, ¿cómo te alimentabas?

—Con biberón.

—¡Ah, vamos!—dijo ella en el mismo tono con que en las comedias del antiguo régimen decía la frase sacramental: «Ahora lo comprendo todo».

Era sin duda esa cría por biberón la que a Bermoechea le había hecho obsesionarse: para él, *aquello otro* era una cosa completamente nueva.

Por aquellos días dió a luz la dama joven de la compañía, que era soltera,

como su madre; cuando doña Andrea fué a verla media hora después del parto, entre otros consejos de mujer sabia, dió éste muy importante:

—Y ¡sobre todo! no se te ocurra criar al chico con biberón. Se acostumbran muy mal.

POR QUÉ BAILA LA MONA

POR QUÉ BAILA LA MONA

Es el diluvio. Cae el agua a torrentes. El arca de Noé flota sobre la borrasca horrísona. Noé y sus hijitas virginales se aburren en un rincón. Los animales, en cambio, excitados por el trueno y decididos a espantar el hastío, se dedican a la reproducción de la especie con ahinco furioso.

Pero esto, a las hijas de Noé, que son jovencitas y decentitas, les molesta bastante:

—Mira, papá. Fíjate qué ojos pone la cocodrila.

—¿No oyes, papá, qué gemidos suelta el camello?

—Papá, el cerdo es un verdadero marrano.

Noé teme por la honestidad de sus pimpollos, y se dispone a hablar con Dios Nuestro Señor para demandarle la corrección de aquellas bestias cínicas y bárbaras. Abre, al efecto, una ventanita del arca, mira hacia lo alto, y dice:

—Yo te agradezco, Señor, en el alma, que hayas guardado mi vida y la de mis descendientes. Comprendo también que pretendas salvar un animal de cada especie con su correspondiente señora. Pero, ya lo ves. Estos sucios me están poniendo el arca hecha un bebedero de patos; y, además, ¿no te aduele el pudor de mis pobres hijas?

Dios, que es clemente y bondadoso, respondió a Noé:

—Sí, Noé. Tienes razón, hijo. Y mira, se me ocurre una idea. Coge a

todos los machos, uno por uno, y, previa entrega de una chapa, les irás retirando los instrumentos con los cuales están armando ese jollín. Cuando lleguéis a tierra firme, se los devolverás. Ya sabes que me propongo conservar las especies zoológicas.

Noé se puso muy contento. Fabricó después innúmeras chapas, y ayudado por sus pudibundas hijas, les fué retirando sus poderes a los machos. Poder que cojo, chapa que entrego, los dejó a todos en una prudente reserva.



Ellas se pusieron furiosas. Estaban aburridas las pobrecitas, y aquello las sumía en el desastre. ¡Con lo bien que se hallaban al lado de unos maridos inevitablemente fieles e infatigablemente cariñosos! Había que oirlas

apostrofar a sus cónyuges por haberse dejado disminuir de aquella manera:

—¡Anda, imbécil, asqueroso!—decia la caimana hecha un basilisco.

—¡Si ya lo decía yo, so sinvergüenza!—gemía la hipopótama, ojerosa de nostalgia—. Si casi estás alegre. Si eres un cobardón.

—¡Estúpido!—clamaba la rinoceronta.

—¡Mal ángel!—vociferaba la cangura.

Pero la más enojada de todas era la mona, la mona lujuriante y frenética, la terriblemona toda ella sexo, la mona incansable.

—Como no devuelvas esa chapa infecta—le decía al mono—te arranco la nariz; feo, mamarracho.

Se revolcaba por el suelo de desesperación, se tiraba del pelo, se lo arrancaba a puñados.

—¡Con lo felices que éramos!—chillaba, a veces, tristemente—. ¡Con lo hermosa que me estaba resultando la travesía!

Y ya iba la mona a suicidarse, cuando el mono, perspicaz y malévolo, le dijo algo al oído. Ella, al escucharlo, cambió su semblante, ofreciendo una sonrisa tentadora.

—¿Sí, rico? ¿Has sido capaz?

—Te lo juro, monita mía.

—Eres grande.

Pausa. Ella, voluptuosa y brindándose un porvenir maravilloso, siguió:

—Anda, monín. Repíteme tu hazaña. Ya mis oídos se deleitan con la confesión.

El mono volvió a decirle junto a una oreja:

—Cuando dormía el elefante, le cambié la chapa. Aquí la tengo. Verás

en cuanto lleguemos a tierra firme.

Y la mona, lanzando carcajadas de placer, se puso a bailar... Y desde entonces, baila la mona.

ÍNDICE

ÍNDICE

Páginas.

Advertencia leal.................... 5
¡Usted es Ortiz!.................... 15
... o me pongo yo.................... 29
Sea lo que Dios quiera............. 41
¡Aprovéchate!..................... 47
Amante del páramo.................. 59
Un poco grande.................... 69
¡Quelle delicateuse!................ 79
Su madre......................... 89
Estoy gozando...................... 99
La apuesta 107
Zarzaparrilla...................... 113
En la rambla 121
Postura nueva..................... 127

Páginas.

Constantinopla...................... 137
Buen remedio...................... 143
¡No es así!...................... 151
¡¡Violada!!...................... 163
Refinamientos...................... 169
La idea fija...................... 183
Por qué baila la mona............ 195



